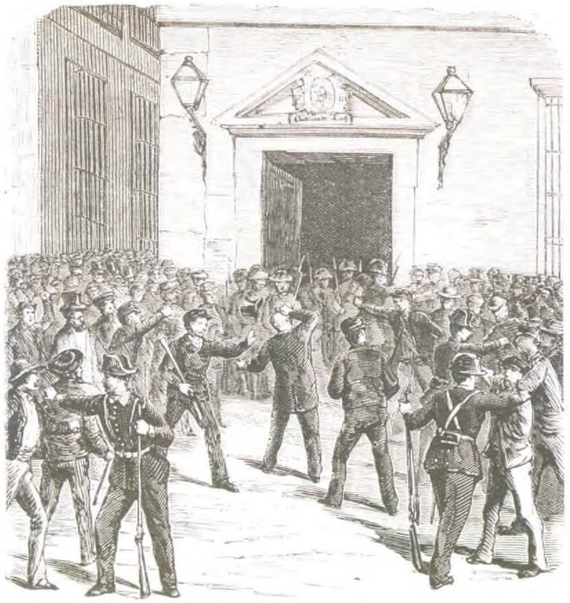
Calle de Atocha: Los voluntarios de la República al pasar el Santo Viático.

Explanada de Caballerizas: Manifestacion de federales insurgentes.

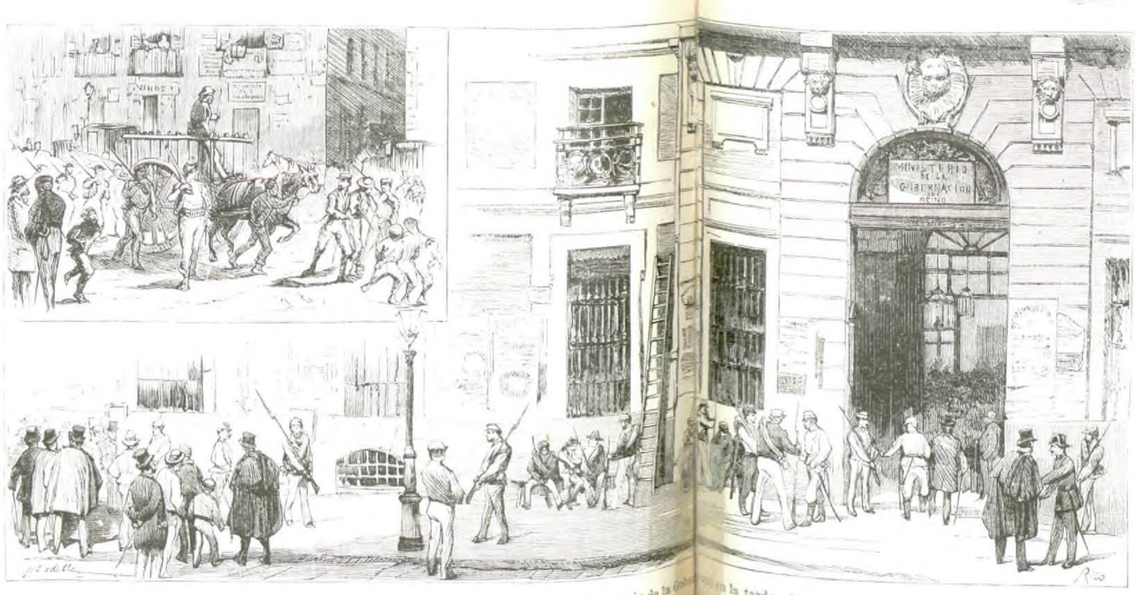


Detencion del general Hoyos.

Federal armado.

D. Nicolas Estévanez, gobernador civil de la provincia.

El general Contreras.



El Principal (Ministerio de la Gobernacion) en la tarde del 23.

Visita domiciliaria al palacio de la señora Condesa del Montijo.

ver que se ha verificado sin trastornos, sin convulsiones, sin efusion de sangre, cree que no era el Duque de Aosta el que mantenia la tranquilidad y el órden en la Península, y se entrega á gratas ilusiones fundadas en el admirable espectáculo que ésta ofreció al mundo en los primeros momentos.

El *Daily News* no piensa lo mismo que su colega, esto es, piensa absolutamente lo contrario. Cree que la calma es aparente, que está sólo en la superficie, y que en el fondo se agitan y bullen todas las pasiones demagógicas.

El *Standard* se muestra frio y displicente con la república española: no tiene fe en su porvenir ni en su duracion, y desea que el país salga bien de la nueva é importante crísis de que dependen sus destinos futuros.

Es inútil indicar que la prensa alemana se muestra no más favorable que la inglesa á la revolucion del 11 de Febrero. Conocida la alianza del emperador Guillermo con el Rey de Italia, conocidos los intereses que unen entre sí á los dos soberanos, es fácil suponer que la abdicacion del hijo del segundo, aunque voluntaria, no ha de ser satisfactoria para el primero.

El poder que definitivamente se funde y establezca en España, no será de seguro benévolo para la Prusia: la similitud de su origen, la igualdad de su forma le han de aproximar más á la Francia que á las potencias del Norte: las dos repúblicas tendrán un vivo interés en sostenerse y apoyarse mútuamente; y así, donde la Alemania moderna veia ántes un amigo, encontrará sin duda alguna un adversario.—Hé aquí el razonamiento bastante lógico y natural de los periódicos de Berlin.

***

A pesar de esto, los diarios franceses, inclusos los republicanos como *Le Temps*, no aparecen tampoco muy satisfechos. En lugar de considerar convenientes para las suyas las instituciones que nos hemos dado, las creen peligrosas y ocasionadas á graves complicaciones europeas.

El mismo *Diario de los Debates*, defensor enérgico y elocuente de la república francesa, siente ver establecido entre nosotros el mismo sistema, y no oculta sus temores ni su falta de confianza en que pueda mantenerse largo tiempo.—Véanse algunas de sus palabras:

«En la Francia es en la que pensamos al manifestar los recelos que nos inspira el establecimiento en las circunstancias actuales de la república en España. Nos es imposible participar sobre este punto del contento demostrado por el partido republicano en Francia. No nos parece sensato, político ni previsor. Nuestros republicanos deberian temer, por el contrario, que esta última revolucion sea un peligro para ellos mismos; y la satisfaccion de pura fórmula les ciega respecto de los peligros que la república española podrá suscitar á la francesa. Olvidan que toda Europa es monárquica: que el rey Amadeo, aunque representaba la revolucion, representábala con el simulacro de una corona, y tranquilizaba con su nombre al régimen monárquico dominante en Europa.»

***

Hemos creido oportuno é interesante dar una ligera idea del modo como se han recibido en el extranjero los sucesos del 11 del actual: ahora vamos á ocuparnos en indicar los que han ocurrido en aquellos países durante la semana última.

Francia ha dado un gran paso en el camino de la reconciliacion entre el poder legislativo y el ejecutivo, con el dictámen presentado á la Asamblea nacional por la Comision de los Treinta, y en su nombre, por el Duque de Broglie.

La concordia es, pues, ya un hecho: las graves cuestiones constitucionales que dividian á M. Thiers y á los hombres más importantes de la Cámara, han quedado resueltas de comun acuerdo; y el juéves 27 comenzará á discutir aquélla lo que ha sido objeto de un estudio tan largo, prolijo y laborioso.

La misma Comision de los Treinta, en su reunion del 19, aprobó por mayoría de 19 votos una nueva proposicion que el Ministro de Justicia envió al ponente de aquélla, en el momento en que iba á comenzar sus debates.

Los términos de dicha proposicion son los siguientes:

«La Asamblea no se separará sin haber votado: 1.º, la organizacion y el modo de trasmision de los poderes legislativo y ejecutivo; 2.º, la creacion y las atribuciones de una segunda Cámara; 3.º, la ley electoral.»

La Comision adoptó igualmente por 17 votos contra 7 un párrafo adicional, propuesto por M. Ricard, cuyo texto es éste:

«El Gobierno someterá á la Asamblea tres proyectos de ley acerca de los puntos señalados en la anterior proposicion.»

El acuerdo entre el Gobierno y la Comision de los Treinta ha producido inmensa y favorable impresion, no sólo en la Asamblea nacional, sino en la opinion pública, que ve desaparecer el conflicto que temia entre el Presidente de la república y la mayoría conservadora de la Cámara.

Así, la bolsa lo ha acogido con una alza considerable en todos los valores, y especialmente en los franceses.

***

El otro suceso importante ocurrido recientemente es la expulsion de Suiza del obispo de Hebron, auxiliar de Ginebra, monseñor Mermillod.

Nadie ignora la cuestion que ha dado origen á esta medida lamentable.—Monseñor Mermillod, puesto en la alternativa de obedecer al Vaticano ó al gobierno de su país, ha optado, como buen católico, por el primero; y en consecuencia, el Consejo federal, residente en Berna, decretó que sin demora se adoptasen las disposiciones necesarias para hacer conducir al prelado á la frontera del canton.

Monseñor Mermillod ha demostrado una entereza de carácter admirable en semejantes circunstancias: declarando que sólo cedia á la fuerza, exigió que el comisario de policía le pusiera la mano encima para significar su resistencia; pero aquél creyó suficiente exhibir la insignia de su autoridad en testimonio del carácter oficial de la mision que desempeñaba.

Ántes de subir al carruaje preparado para conducirle al destierro, Monseñor Mermillod firmó una elocuente y enérgica protesta, publicada ya por todos los periódicos europeos; y luégo designó el punto donde se establecerá interinamente, habiendo ido á hospedarse en casa del cura de Fernex, pueblo de la frontera francesa.

***

En los momentos en que escribimos, no se halla resuelta todavía la crísis iniciada desde el 22 en el seno del Gobierno y de la Asamblea nacional.

Los sucesos de Barcelona y de Andalucía, el malestar que reina en los espíritus, las impaciencias de unos, las condescendencias de otros, han creado rápidamente una atmósfera contraria á la manera como se constituyó el poder ejecutivo en la noche del 11 al 12 del corriente.

Créese ó supónese que aquél carece de fuerza y vigor bastantes, porque no es homogéneo; exígese así que lo abandonen los cuatro radicales que figuran en él, siendo reemplazados por hombres de ideas afines con las de los restantes, ó al ménos por otros que no hayan sido ministros del rey Amadeo; por último, los más ardientes é impetuosos reclaman la disolucion de la Asamblea, para que inmediatamente sea elegida la Constituyente.

El domingo á las nueve de la noche se reunieron las dos fracciones en que aquélla se halla dividida, en diferentes salones del palacio legislativo: ambas discutieron larga y detenidamente, nombrando cada cual una comision de siete individuos para que propusiera la solucion de las dificultades.

A las siete de la mañana de hoy no habian podido ponerse de acuerdo, decidiendo volver á reunirse á la una de la tarde con objeto de dar cima á su difícil y delicada mision.

¿Cuál será el éxito de ésta? ¿Lograrán los hombres públicos elegidos por sus correligionarios calmar la ansiedad que reina no sólo en Madrid, sino en la nacion entera? ¿Ofrecerán garantías de seguridad y de órden á los intereses generales y particulares, gravemente amenazados? ¡Dios lo quiera!

Ante la magnitud de las cuestiones pendientes, ante los peligros que presentaria la situacion actual si se prolongára, no hay, no puede haber partidos: todos debemos deponer nuestras diferencias en aras de la patria, y contribuir á que se funde un poder sólido y vigoroso, capaz de enfrenar las exigencias inmoderadas de unos, y de destruir los intereses miserables y pequeños de otros.

***

El aspecto de la poblacion ayer, domingo de Carnaval, fué bastante tranquilo y sosegado; en los paseos hubo mucha gente, aunque poquísimas máscaras.

Las precauciones tomadas hoy por las autoridades, cercando de voluntarios y de otras fuerzas militares el palacio del Congreso, haciendo ocupar muchos edificios por paisanos armados, han producido, como era natural, viva alarma.

La concurrencia es menor en todas partes; el número de carruajes ha disminuido tambien mucho, y no se oye por las calles sino las músicas de las estudiantinas, que las recorren, segun antigua costumbre, poniendo á contribucion el bolsillo de los transeuntes.

Hanse suspendido las fiestas y saraos anunciados y dispuestos en el gran mundo: hasta el ministro de Inglaterra ha resuelto que no se se baile en su última reunion, que tendrá lugar esta noche.

Sólo el representante de los Estados-Unidos dió un gran baile el sábado en celebridad del 141 aniversario del natalicio de Washington. Pero en él, como en todo, se notó el fatal influjo de las circunstancias: las señoras que asistieron no llegarian á veinte; del cuerpo diplomático extranjero no se veia sino al embajador de Francia y al ministro de Prusia; y en cuanto á personajes políticos el único notable era el ministro de Estado, Sr. Castelar.

¡Lástima, pues, que los grandes preparativos hechos para recibir y agasajar á 500 personas los aprovecháran un corto número de individuos! ¡Lástima que una fiesta destinada á conmemorar un suceso fausto para la República americana, estuviese fria, triste, desanimada!

***

Nada podemos decir tampoco de los teatros, que no han presentado novedades los últimos dias; pero ¿dónde se han refugiado esos seres intrépidos y despreocupados que quieren divertirse á toda costa?

En el Circo, el bien escrito drama de D. Mariano Catalina, *El Tasso*, ha atraido escasos espectadores; tampoco ha llamado muchos la comedia *Del dicho al hecho hay gran trecho* al coliseo Español.

El mejor librado de todos ha sido el teatro de la Opera, el cual, merced á su considerable abono, se ha visto más favorecido del público.

Lo mismo *Lucrecia Borgia* que *Moisés ó Don Giovanni* han tenido la fortuna de llevar allí una concurrencia numerosa y distinguida, que ha aplaudido con entusiasmo las inspiraciones de los maestros y el mérito de los cantantes.

***

Al terminar la presente Revista llega á nuestros oidos una noticia tranquilizadora. Asegúrase que ha habido conformidad entre las subcomisiones de los radicales y de los republicanos; que como transaccion se ha convenido en formar un ministerio homogéneo de los últimos; y que sin disolverse la Asamblea, suspenda por algun tiempo sus sesiones.

¡Ojalá sea verdad y que de este modo se ponga pronto término á la pública inquietud!

24 de Febrero de 1873.

***

Post-scriptum.—Las noticias que adelantábamos ayer á última hora, se han confirmado plenamente.

La Asamblea nacional, reunida el lúnes á las cuatro de la tarde, admitió la dimision presentada por el jefe del Poder ejecutivo y los ministros, siendo elegidos

para el primer cargo, Figueras, por 281 votos; Castelar, ministro de Estado, por 234; de Gobernacion, Pi y Margall, por 226; de Hacienda, Tutau, por 125; de Gracia y Justicia, Salmeron (D. Nicolás), por 220; de Guerra, Acosta, por 159; de Marina, Oreiro, por 176; de Fomento, Chao, por 172; de Ultramar, Sorní, por 179.

En seguida la Asamblea acordó suspender sus sesiones hasta mañana 27, en cuyo dia acordará cuál ha de ser su conducta en lo sucesivo.

Así concluyó la temerosa crisis que durante cuarenta y ocho horas tuvo agitada á la poblacion: así han terminado las graves cuestiones cuyo desenlace ofrecia tantos peligros y dificultades.

En cuanto se supo este suceso, renacieron la calma y la tranquilidad, y la capital recobró su aspecto ordinario, siendo inmensa la multitud que ayer y hoy ha poblado los paseos, entregándose á las diversiones propias del Carnaval.

26 de Febrero.

EL MARQUÉS DE VALLE-ALEGRE.

NUESTROS GRABADOS.

EXCMO. SR. D. LORENZO ARRAZOLA.

En pocos meses hemos visto desaparecer de este mundo, desdichado valle de lágrimas, representantes esclarecidos de casi todas las fracciones políticas que se agitan en estos tiempos; pero ninguna de éstas ha sido tan castigada por la implacable muerte como el antiguo partido moderado: Istúriz, San Luis, Vilama, Bravo Murillo, Arrazola y otros hombres insignes, verdaderos patriarcas de aquel partido, han bajado al sepulcro en el corto intervalo de algunos meses.

A las nueve de la noche del 23 de Febrero último falleció en esta córte el Excmo. Sr. D. Lorenzo Arrazola—cuyo retrato aparece en la página primera de este número,—con la resignacion de un justo y la fé y esperanza de un piadoso cristiano.

¿Cómo bosquejar siquiera, en los breves límites de un suelto, la biografía del Sr. de Arrazola?—Sería preciso, para hacerlo, trazar al mismo tiempo la historia de la España moderna desde los primeros dias del segundo período constitucional hasta que cayó, derribado por la revolucion de 1868, el trono secular de la dinastía borbónica.

Ocho veces fué Arrazola ministro de D.ª Isabel II, y algunas en circunstancias políticas bien excepcionales, habiendo desempeñado además otros altos cargos en la gobernacion del Estado.

Cristiano virtuoso, hombre honrado, político leal y eminente jurisconsulto, su muerte ha sido deplorada por los hombres sensatos de todos los partidos.

DON MANUEL PAVÍA, CAPITAN GENERAL DE CASTILLA LA NUEVA.

En la página 132 del presente número publicamos el retrato del Sr. Pavía y Rodriguez de Alburquerque, mariscal de campo de los ejércitos nacionales, nombrado no hace mucho general en jefe del ejército del Norte, y últimamente, por decreto publicado en la *Gaceta* del 25 de Febrero próximo pasado, capitan general de Castilla la Nueva.

No cuenta el general Pavía una larga carrera militar, pero son muchos los servicios que ha prestado desde Enero de 1866, unido siempre al malogrado general Prim, á la causa de la libertad de la patria: procedente del distinguido cuerpo de artillería, tomó parte activa en los sucesos de 1866 y 1867, y estuvo constantemente al lado del ilustre Marqués de los Castillejos, iniciados ya los primeros hechos de la revolucion de Setiembre de 1868.

Su historia desde entónces, como militar y hombre político, es demasiado conocida para que nos detengamos en apuntar detalles inútiles de todo punto.

Concédesele un carácter conciliador y grandes dotes de mando, y el gobierno de la República española ha tenido en cuenta, sin duda, estas circunstancias, para conferirle ahora, en momentos bien críticos, el mando del ejército de Castilla la Nueva.

DERRIBO DE LAS MURALLAS DE PALMA DE MALLORCA.

El aventajado paisajista D. Antonio Rivas, y los Sres. Montaner é hijos, de la capital de las islas Baleares, han tenido la amabilidad de remitirnos el croquis que ha servido para ejecutar el segundo grabado de la pág. 132 y los apuntes necesarios para el presente suelto.

Dicho grabado representa el acto solemne de la inauguracion de los trabajos para el derribo de la muralla de mar de Palma, conforme lo tenia pedido la Junta de dicha capital.

Este acto se verificó el dia 15 de Febrero, á las doce del dia, entre las aclamaciones del pueblo y los himnos patrióticos de la música del regimiento de Soria, presidiendo el Sr. Alcalde popular, acompañado de los demas alcaldes, concejales, diputados provinciales y á Córtes y senadores.

Una manifestacion pacífica numerosísima recorrió las calles con este motivo, llevando banderas con lemas alusivos á las circunstancias.

Poco faltó, sin embargo, para que hubiera otra manifestacion ménos pacífica, pues, habiendo manifestado al pueblo el Gobernador civil que habia recibido autorizacion por telégrama para proceder al derribo, se opuso á ello el Capitan general por otra órden superior; pero este conflicto se resolvió felizmente á consecuencia de una órden del Gobierno, concediendo el permiso deseado; y en seguida empezaron las obras en medio del mayor órden.

Todas las gentes de la ciudad, sin distincion de partidos, se han alegrado de esta medida que permitirá á la poblacion un poco de desahogo por la parte del puerto, y contribuirá á embellecer la entrada de Palma, ántes muy triste y poco digna de un pueblo tan culto.

TREN DE VIAJEROS DETENIDO POR LAS NIEVES.

Nuestros suscritores de Madrid no se habrán olvidado seguramente de que en la noche del 8 de Febrero último, cayó, sobre la entónces coronada villa, una abundante nevada, tal como no se habia visto desde la noche de Navidad de 1863, nueve años ántes.

Los vecinos de Madrid, cuando ven descender lentamente blancos y menudos copos de nieve sobre las calles y plazas de la ex-córte, se hacen instintivamente esta observacion vulgar, pero gráfica: si aquí nieva, ¿qué será en la sierra?

Y en efecto, cuando en la Puerta del Sol aparezca tendida una inmensa sábana de nieve, ¿cuántas sábanas de la misma clase habrá tendidas ya, una sobre otra, en los vecinos puertos de Guadarrama y Somosierra?

En la mañana del 9, los habitantes de Madrid apénas pudieron contemplar por espacio de algunas horas el bellísimo panorama que ofrecia la ancha vega del Mediodía, con sus casas, jardines y dilatadas campiñas cubiertas de nieve; pero en las asperezas del Guadarrama la nieve obstruyó por completo la vía férrea del Norte, y un tren de viajeros y otros de mercancías, quedaron envueltos entre moles inmensas de nieve, de la manera que indica nuestro grabado de la pág. 133.

En la ocasion presente, la detencion sólo fué de pocas horas, merced á la actividad y celo que desplegaron los empleados en la vía para dejar expedito el camino; pero recordamos que hace dos años permaneció tres dias un tren de viajeros, casi sepultado en la nieve, sin poder avanzar ni retroceder, entre las estaciones de Navalperal y las Navas, en la falda occidental del Guadarrama.

«AGUILILLO», CABALLO SEMENTAL, PROPIEDAD DEL SR. D. RAMON DE GUERRERO, DE JEREZ DE LA FRONTERA.

El segundo grabado de la pág. 133 representa la cuadra de caballos sementales del Sr. de Guerrero, reputado ganadero de Jerez de la Frontera, y es copia de un notable cuadro del jóven pintor D. José Robles. En primer término, aparece un exacto retrato del caballo *Aguililla*, hermoso animal que es el verdadero objeto del cuadro citado.

El asunto se presta á que nos permitamos dar algunas noticias, y aventurar ciertos comentarios que ofrecerán interes á muchos de nuestros lectores.

El caballo *Aguililla* es un soberbio animal de pura raza española, y en cuyas venas hierve la noble sangre que dió tan justa nombradía á las castas andaluzas, cuyo primer puesto ocuparon ántes las muy famosas de la Cartuja, de Zamora, de Retamales, de Zapata, y otras que áun pastan las feraces campiñas que cruza el Guadalete.

Tipo acabado del caballo de silla, reune á la fiereza y rapidez de sus movimientos, la docilidad y la gracia, la majestad y la fuerza. Por tan preciadas cualidades, por las proporciones, esbeltez y correccion de sus formas, por su gran alzada, por su perfecta sanidad, ha sido y es todavía el corcel que describimos, un verdadero modelo de sementales, y un legítimo timbre del acreditado hierro con que está marcado.

Pruebas de esto son los brillantes resultados obtenidos por el Sr. de Guerrero en su yeguada, que si ya era una de las primeras de Andalucía, ha mejorado aún de una manera sorprendente en los hijos de aquel magnífico semental.

Y cuando se reflexiona con cuantas dificultades han debido luchar aquellos inteligentes criadores para alcanzar tan admirable éxito, cuando se piensa con que escasos elementos comenzaron esta difícil obra de regeneracion, llevada á cabo á costa de grandes sacrificios, y en medio de la general decadencia de nuestra cria caballar, hay que rendir el más justo tributo de alabanza á hechos que suponen tanta constancia, tantos afanes y tan entendido celo.

Verdad es que el Sr. de Guerrero ha podido rayar á tanta altura, así en este como en otros ramos de la ganadería y del cultivo, no sólo por su laboriosidad sin ejemplo, sino tambien por una gran suma de conocimientos en las ciencias agrícolas y zootécnicas, adquiridos en costosos viajes, en difíciles estudios y en una práctica asidua é ilustrada.

Si alguna parte de las cuantiosas sumas que ha aplicado el Gobierno al sostenimiento de los depósitos de remonta, la hubiese dedicado á fomentar por otros más directos medios la industria agrícola y pecuaria; á difundir los conocimientos que hoy hacen de ella una ciencia; á premiar de larga mano todo adelanto, toda mejora en tan capitales ramos de la pública riqueza, es innegable que habrian hallado pronto remedio los muchos males que hoy deploran los amantes de la industria agrícola y pecuaria de nuestra patria.

PUERTA DEL ANTIGUO HOSPITAL DE SANTA ESCOLÁSTICA (VÉASE LA PÁG. 138).

«FALSTAFF, Y LAS ALEGRES COMADRES DE WINDSOR», CUADRO DE M. HANS MACART.

Falstaff, nombre inmortalizado por el gran Shaskpeare, era un personaje tan popular en Inglaterra, como el príncipe Negro ó Ricardo *Corazon de Leon*.

Pero Falstaff es el tipo de los truhanes de los tiempos antiguos, libertino, audaz, gloton, semi-grotesco, mas caballero que calzaba espuela y empuñaba tizona en la córte del rey Enrique V.

El gran poeta inglés escribió un magnífico trilogio recordando algunos hechos de la azarosa vida de Falstaff, que fué representado delante de la reina Isabel, y que agradó sobremanera á aquella inteligente princesa; mas ella debia sentir que tan pronto concluyesen las azarosas aventuras de Falstaff, ó los magníficos versos y levantados pensamientos de Shaskpeare, y rogó á éste que continuase en otra obra la relacion de las extrañas aventuras de aquel cómico personaje.

Tal fué la causa de que la pluma del autor de *Hamlet* escribiese esa magnífica obra titulada *Las alegres comadres de Windsor*.

El pintor aleman M. Hans Macart recuerda en el cuadro, cuya copia ofrecemos en la pág. 137, una de las escenas más chistosas de la vida aventurera de Falstaff.

Este, abandonado por Enrique V cuando dejó de ser príncipe de Gales para subir al trono de Inglaterra, no encontrando en la córte medios suficientes para mantener su *montaña de carne*, epíteto que le daba desdeñosamente aquel monarca, se retiró á Windsor, decidido á vivir modestamente, pero tambien á engañar á quien pudiera.

Escribió dos cartas de amor á dos señoras casadas de la clase media, de la *bourgeoise* de aquella poblacion, con el fin de explotar los favores de ambas; pero ellas eran amigas, aunque Falstaff lo ignoraba, se enseñaron mútuamente las cartas, y el desdichado quedó sometido á la venganza de las damas ofendidas.

Citóle una de ellas á su casa, acudió Falstaff anheloso, y se encontró con las dos allí reunidas de antemano.

La escena tenia lugar en una azotea, al lado del Támesis.

De pronto, grita la que habia dado la cita:

—¡Mi marido! ¡Que viene mi marido! ¡Escondeos, Falstaff!

Y Falstaff, verdaderamente azorado, trató de esconderse; pero en la azotea sólo habia un gran cesto con ropa sucia, allí preparado de antemano, donde el pobre Falstaff fué obligado á sepultarse, á lo cual se ayudaron alegremente las vengativas damas.

En seguida resuenan pasos y voces de hombres.....

¿Es el marido que llega?—No: son los criados de la señora, que se acercan al cesto donde Falstaff estaba escondido; levántanlo con trabajo, lo ponen sobre la barandilla de la azotea, y..... ¡Falstaff es arrojado al Támesis!

De allí salió milagrosamente, perseguido todavía por las carcajadas de las dos damas de Windsor.

Este es el asunto tratado con tanta valentía y galanura por el pintor aleman M. Macart.

UNA VISTA DE GINEBRA.

Bellísimo es el aspecto que ofrece la elegante capital de la república helvética, Ginebra, vista desde el Ródano hácia la magnífica Quai des Bergues: en una isleta que sobresale en el ancho rio, rodeada de jardines espléndidos, con altos cipreses y abundantes sauces, aparece el monumento levantado últimamente en honor de Rousseau, el autor de *Emilio* y del *Contrato social;* dos largos puentes de piedra y hierro cruzan las sosegadas aguas, y se apoyan en el Quai des Bergues, magnífico *boulevard* moderno con suntuosos edificios; en término más lejano se descubren otras construcciones de la ciudad antigua, cúpulas de iglesias, chimeneas de fábricas, etc., y más léjos todavía aparece el gigantesco Mont-Blanc, el rey de los montes de Europa, eternamente coronado de nieves.

La vista que presentamos en la pág. 140 es copia de una exacta fotografía.

Ginebra, la ciudad de Calvino, memorable desde tiempos remotos, ha adquirido ahora otro nuevo título de celebridad con motivo de haberse resuelto en su recinto, y favorablemente para la paz del mundo, la famosa cuestion del *Alabama*, de que repetidamente nos hemos ocupado en LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

MALLORCA.—CASTILLO DE BELLVER. (PÁG. 139.)

COSTUMBRES DE LA INDIA.

No hace muchas semanas que el telégrafo anunció que reinaba cierta agitacion en vá rias tribus de la India, promovida por las predicaciones patrióticas de un nuevo adalid de la independencia de aquellos países que están sufriendo todavía el yugo de Inglaterra, bien poco suave por cierto para los pueblos que intentan sacudirlo, ya sea en Irlanda, ya en la India.

Pero Inglaterra, ademas de otros medios poderosos con que cuenta para sofocar bien pronto cualquiera rebelion en sus lejanas posesiones de la India, y ademas tambien del numeroso cuerpo de tropas regulares que mantiene con tal objeto, ha procurado formar otro inmenso cuerpo de tropas irregulares, con árabes, chinos, japoneses, etc., que se han alistado bajo las banderas de la Gran Bretaña.

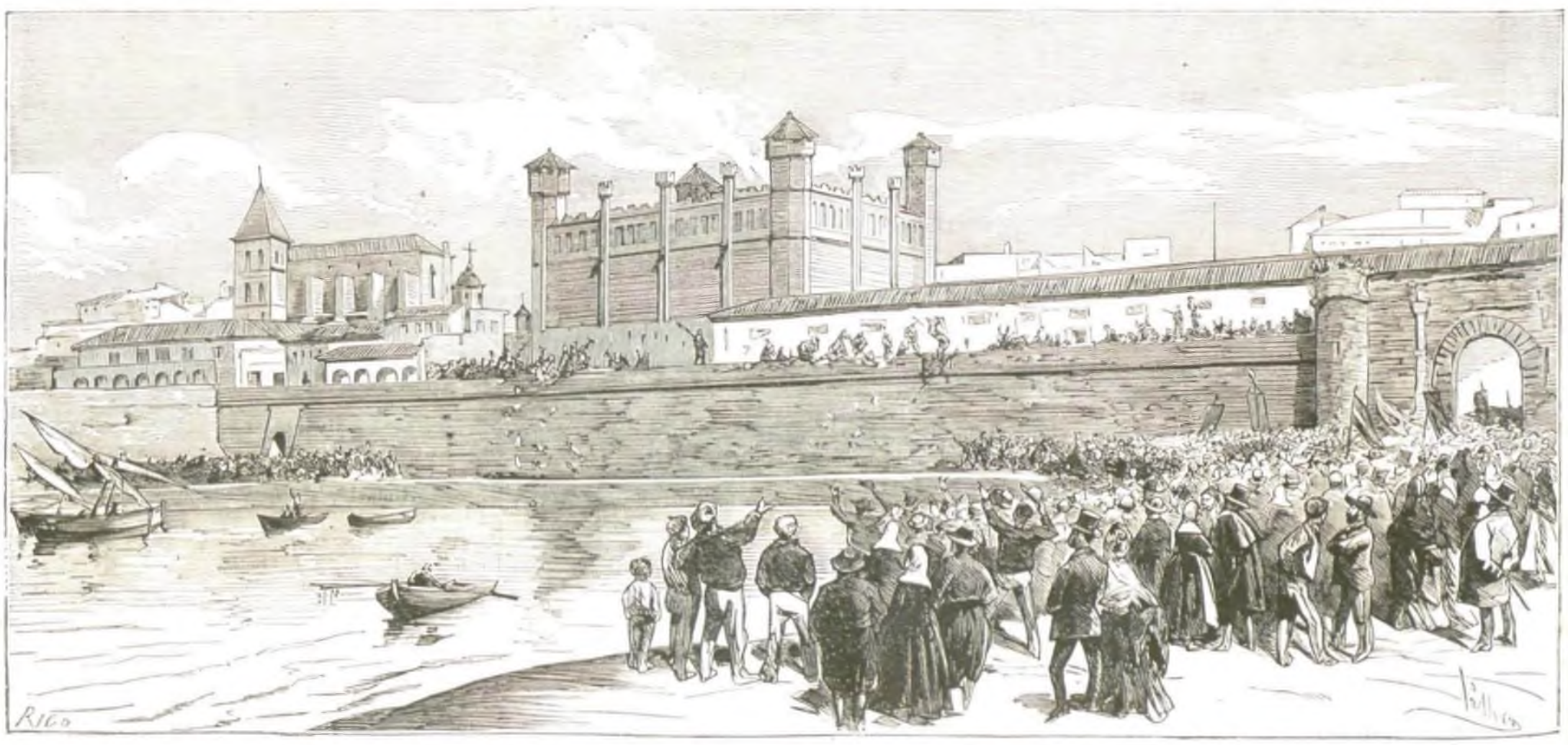
La milicia principal de esta clase de tropas es la que se llama *Seebundee* en el idioma del país, que se compone de fuertes compañías un tanto disciplinadas, al mando de un *Jemadar*, ó jefe primero, que está sujeto á la obediencia de los delegados ingleses, pero que es el responsable de la disciplina de los soldados á sus órdenes, así como del equipo y manutencion de las compañías.

El segundo grabado que presentamos en la pág. 141 figura una de esas compañías del *Seebundee*, formada con naturales de la Arabia, porque Inglaterra tiene especial cuidado de no admitir en cada compañía sino gentes de un solo pueblo.

El equipo de estos soldados es bien sencillo: un ancho turbante azul de algodon, lo mismo que su larga túnica, una *espingarda*, un pequeño alfanje y los correspondientes frascos para municiones de guerra.

En ocasiones dadas pueden reunirse en número muy crecido estas tropas, y ellas fueron principalmente, ademas del cruel rigor de los generales ingleses, las que lograron

Excmo. Sr. D. Manuel Pavía, capitan general de Castilla la Nueva.



PALMA DE MALLORCA.—Inauguracion oficial del derribo de las murallas.

AVILA.—Tren de viajeros detenido por la nieve, en el puerto de Guadarrama.

JEREZ DE LA FRONTERA.—Cuadra de caballos sementales, de pura raza española, propiedad del Sr. D. Ramon de Guerrero.

dominar aquella formidable insurreccion que estalló no hace muchos años, capitaneada por hombres atrevidos y valerosos.

Otro grabado presentamos en la misma pág. 141, que representa los *Nats* de la India, es decir, los saltimbanquis ó juglares que ejecutan difíciles juegos en las plazas y calles públicas, en presencia de algunos curiosos que los contemplan con asombro.

Estos *tumblers*, como los llaman en Inglaterra, salen á veces de su país natal y se dirigen á la metrópoli; y preciso es confesar que el pueblo de Lóndres ha aplaudido tambien con frenesí los peligrosos juegos icarios que en más de una ocasion ha ofrecido á la curiosidad pública una modesta compañía de *Nats*, ó acrobatas de la India.

PORTADA BIZANTINA DE LA IGLESIA DE SAN MIGUEL.

Nuestros lectores recordarán el interesante artículo, firmado por nuestro colaborador D. J. Puiggarí, que publicamos en el núm. XXII de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA de 1872, describiendo la iglesia de San Miguel de Barcelona.

Pues bien: el pequeño grabado que figura en la última página de este número, copia exactamente una puerta bizantina que existe en aquel precioso monumento de la piedad é ilustracion de los antiguos catalanes.

Al citado artículo remitimos á nuestros lectores, porque nada nuevo tenemos que añadir y, por otra parte, incurriríamos en repeticiones enojosas.

E. MARTINEZ DE VELASCO.

EPISODIOS Y PAISAJES.

EL VEREDERO.

(CONTINUACION.)

III.

En la misma tarde fueron contestadas ambas cartas y sus contestaciones eran de esta manera:

—«Ilmo. Sr. D. Rafael Thomas Menendez de Luarca: Mi reverendo prelado y amigo: V. S. Ilma. tiene harto sabido que las puertas de esta casa están abiertas siempre lo mismo á su mandato que á su cristiano ruego. Envíenos en buen hora á quien guste de sus recomendados, que será recibido, si no como los méritos de sacerdote y desgraciado piden, al ménos con franca voluntad y corazon abierto.—Justamente podemos alojarle en el cuarto del guardia, cuya licencia tan suspirada por su madre, no tendrá lugar por ahora, habiendo dispuesto S. M., sábiamente aconsejado por el general capitan de aquel cuerpo, que en compañía de otro camarada y paisano purgue ciertos acaloramientos de muchacho, probando las fatigas y riesgos de la guerra.—Esto, como V. S. Ilma. mejor penetra, léjos de ser castigo para los mozos, es recompensa; la pena es para su pobre madre hecha un mar de lágrimas desde que recibimos la noticia.—Pida V. S. Ilma. al Señor que nos le devuelva sano y salvo, si nos conviene, sin olvidar en sus oraciones á su afecto amigo que respetuosamente besa su pastoral anillo.—Juan de Vargas y Bustamante.—Posajo, 11 de Abril de 1793.»

—«Mi querido hijo: no es corta merced la que el Rey os ha hecho dándoos ocasion de servirle y adelantar honradamente en vuestra carrera, cuando pudo aplicaros las severísimas penas que la ley tiene contra el duelo, y la ordenanza contra la indisciplina y falta de respeto.—Por ello le estoy altamente agradecido así como al general, á quien ofrecerás los testimonios de mi consideracion y respeto.—Creo que á la fecha has reconocido tu falta, debes estar arrepentido de ella y penetrado de las nuevas obligaciones que has contraido con S. M. y con sus jefes.—Sé que en la guerra te portarás como quien eres, y no hay para qué repetir consejos que tu propia reflexion te dicta.—Antes de marchar visita á D. Bruno el de Filipinas, que con aviso mio, y si no le hubiese recibido, con la presentacion de esta carta, te entregará diez onzas, que pueden hacerte falta en el camino ó en campaña.—Tu madre piensa escribirte; no olvides tenerla puntualmente al tanto de cuanto te ocurra, sin perder ocasion de correo ó propio. Y á Dios que te guarde y te bendiga. Tu padre, Juan de Vargas.—Palacio de Posajo, 11 de Abril de 1793.»

IV.

Al dia siguiente partian de la misma casa otras dos cartas. Una de ellas decia: —«A la señora doña Ana Prieto de Ceballos, en el monasterio de Santa María la Real de Huelgas, en Búrgos.—Tia y señora de mi mayor veneracion: Juanito se nos va á la guerra. El Rey lo ha mandado así por no sé qué travesuras de muchacho, de que nada hubiera sabido S. M. si el capitan de guardias no se hubiera dado prisa á contárselo;—Dios se lo perdone al buen señor, y si tiene hijos le libre de horas como las que me hace pasar, es decir, á su mujer, que los hombres tienen el alma dura y no sienten como nosotras.—Parece que Juanito debe pasar por Búrgos para ir á la raya de Francia; con esta ocasion visitará á usted; aconséjele V. bien y dígale que en los peligros que va á pasar no se olvide de cuanto su madre le ha enseñado.—Hágale V. poner el escapulario de la Virgen del Cármen, y que la prometa á V. no quitárselo nunca. ¡Dios mio, cuándo se acabará la guerra! ¡Pídaselo V. al Señor de véras desde el coro y desde su celda.—¡Ay si no volverémos á ver á nuestro Juanito! ¡Si me le matará una bala! ¡Si me le llevarán herido á un hospital donde no habrá quien le asista, quien le cuide, quien le haga compañía y le hable de su casa y de sus padres!—Ay tia mia, V. no sabe lo que yo estoy pasando desde que me llegó la noticia; yo ni duermo ni descanso. Juan me consuela y está sereno, pero es imposible que en sus adentros no padezca. ¡Aquel afan del muchacho de ser guardia, de ver mundo!... y á su padre le gustaba oirle, y en lugar de contradecirle le apoyaba, y cuando á solas yo le hacia ver que el muchacho iba á abandonarnos, si él con su autoridad y su consejo no procuraba hacerle cambiar de ideas, me decia: ¡qué quieres, mujer, lo mismo era yo á sus años; déjale que corra y se haga hombre, quién sabe lo que le espera! ¡Ah sí; lo que le espera es ir donde le peguen un balazo, hijo de mi alma, donde no tenga pan que comer, ni cama en que dormir, donde enferme de hambre y de miseria, al sol, al agua, al sereno! En fin, Dios nuestro Señor y su Santísima Madre nos den la fortaleza necesaria para llevar este sacrificio, y nos concedan el gusto de volver á verle y abrazarle sano y salvo. Pídaselo V. con nosotros, y tenga á bien darnos noticias de mi hijo así que le haya visto.—Su afectísima sobrina y servidora, Clara de Ceballos y de Vargas.»

De la segunda carta estaba el papel salpicado de manchas, muchas letras borradas y algunas palabras rezumadas como si se hubiera escrito sobre mojado, ó hubiese caido agua sobre lo recien escrito. Decia como sigue: —«Queridísimo hijo mio: ya que Dios ha dispuesto que vayas á la guerra, hágase su santísima voluntad.—No te olvides de que tu madre está pidiendo por noticias tuyas; bueno ó malo quiero saber cuanto te sucede, nada me ocultes en tus cartas, y que sean éstas tan frecuentes como buenamente puedas.—La guerra, hijo mio, es una cosa horrorosa; los hombres se acostumbran á ver padecer á sus semejantes, y se les encallece el alma; no te suceda tal, hijo mio, por el amor de tu madre; sé humano con los soldados, pobrecitos, que tambien tendrán en su casa una madre que viva llorando pensando en ellos; sé humano con los enemigos—¿por qué has de tener enemigos tú, hijo mio, á quien nadie hizo daño, y á quien si los tuviera, desde tan pequeñito enseñó su madre á pedir á Dios que les perdonase en el *Padre nuestro?*—Pasado mañana principiarémos una novena á Nuestra Señora de las Caldas para que interceda con su santísimo Hijo, te preserve de todo mal, y principalmente del que yo más temo, hijo mio, de que tú, tan bueno, tan honrado, tan generoso, te veas obligado á dar muerte á otro hombre hermano tuyo para defender tu vida.—El P. Prior me envia á decir que él mismo nos dirá la misa, y que te encomendará la comunidad en sus oraciones. Mira si te quieren los buenos dominicos, á ti que tanto te quejabas de ellos cuando te enseñaban la gramática, que decias siempre que eran secos, duros, que á nadie querian ni podian querer porque á nadie miraban á la cara, escondidos debajo del sombrero ó de la capucha.—No te olvides, hijo mio, de lo que ellos y tus padres te enseñaron; no te acuestes ningun dia sin dar gracias á Dios, si no por haberte conservado, por haber evitado á tu pobre madre el dolor de tus padecimientos ó de tus males. Piensa, hijo mio de mi alma, que mi corazon está contigo, y que cuidando de ti cuidas de él.—¡Ay si pudiera ponerse entre tu pecho y las balas del frances!—Di si necesitas ó si deseas alguna cosa, que ni tu padre ni yo queremos que carezcas de nada dentro de nuestro posible.—Que Dios te me conserve y te vuelva al regazo de tu madre como saliste de él, limpio de vicios, tranquilo de conciencia, alegre y cariñoso.—Tú no sabes lo que es esta casa cuando tú faltas de ella. ¿Qué va á ser ahora que todos vivirémos pensando en los peligros que te rodean? Dios haga que los hombres se arrepientan, que pongan en sus manos la satisfaccion de sus deudas y sus rencores, que se acuerden de que á todos los amó por igual y que por todos envió á su Divino Hijo á padecer muerte de cruz. Tu padre me dice que pasarás por Búrgos. No dejes de visitar á tia Ana, á quien no conocerás, no habiéndola visto desde pequeñito. Oye sus consejos y manifiéstala todo el respeto y cariño que la debemos.—Adios, hijo mio, escribe mucho, que yo te escribiré tambien, y guarda tu vida que es la de tu madre, que te abraza con toda su alma.—Clara.»

V.

A media altura de un tajo por donde cae más bien que baja una torcida calleja desde la mies de San Felices de Buelna al llano que riega el Besaya y á su pedregoso cauce, habia pocos años hace rastros de una casa modesta de labrador, la cual en los dias de nuestro cuento subsistia entera y habitada. No faltaban en su ancha solana rubias panojas colgadas á madurar, ni rojas alubias tendidas al sol sobre una manta, ni en su atrio cerrado por cerca baja de mamposteria, bulliciosa y glotona tropa de gallinas. Una vid crecia junto al estribo de piedra, blasonado con el solariego escudo, y tendia sus sarmientos desnudos á lo largo de los labrados canecillos que sostenian el alero. Al rededor se agarraban al desgajado suelo grandes castaños, cuyas recias y musgosas raices culebreaban retorciéndose á manera de verdinegras serpientes medio soterradas.

Aquella casa era blanco especial de los ojos de todos los mancebos de la comarca, y no, por Dios, á causa de su situacion pintoresca, de su bienestar evidente, de la sombra apacible en que yacia, de la regulada frescura de su asiento, pues de sombra, de frescura y de amenos detalles de paisaje estaban hartos los mozos, y cada uno de ellos tendria más á mano y acaso en pertenencia propia, cuanto bastase con creces á saciar sus artísticos gustos y su amor á la naturaleza.

Pero en aquella casa vivia Teresa; y no se hallaban dos Teresas en todo Buelna ni en los valles vecinos, aunque la investigacion del curioso se alongase rio arriba hasta los cotos de Valdeiguña, rio abajo hasta las marinas de Barreda ó Suances, y corriese hácia Levante los alisales de Toranzo y la vega de Piélagos, y penetrára á Poniente en los apretados bosques de Coo y Reocin.

De manera que cuando el segador con su dalle al hombro pasaba por la calleja y se detenia y sentaba sobre una de las aterciopeladas raices de un castaño, no lo hacia de cansado ó deseoso de sombra, sino curioso de ver asomar por las cercanías á la garrida doncella; cuando un pastor desde los montes vecinos suspiraba mirando el humo que de la encantada casa salia por encima de las hojas que la entoldaban y guarecian, escapábasele el suspiro de imaginar que aquel humo era humo de fuego alimentado por las hacendosas manos de Teresa, y que las cenicientas ondas ántes de salir á derramarse en el libre ambiente habian pasado rozando sus lindas mejillas, y atorádose acaso en sus narices y en su garganta y hecho llorar sus inocentes ojos.

Pero Teresa pasaba por desdeñosa. Nada le importaban las ojeadas expresivas ni las estaciones disimuladas de los transeuntes, ni se cuidada de cantares, ni rondas, ni de cuantos melancólicos soliloquios podia inspirar á los mozos aldeanos desperdigados en sus labores de llano y de montaña, fijas sus voluntades en el deseado oriente de la enramada casita.

Sin embargo, la vida ha de realizarse forzosamente; destino de la mujer es amar con buena ó mala estrella, y el destino se cumple lo mismo bajo el arteson dorado que bajo el rústico techo. Vienen las horas traidas por el tiempo, espoleadas por el vehemente deseo juvenil, al cual parecen siempre perezosas y tardas, y cuando llegan y de su desconocido seno dejan caer las leves alegrías que lucen y pasan, y el dolor duradero que permanece y no huye, entónces quisiera el deseo que nunca hubiesen venido, y en tan inútil pesar se consume estérilmente y se marchita el alma.

Teresa, como tantas otras mujeres, exceptuaba de sus rigores á quien acaso más los merecia, á Chispete. Cariño virgen, temeroso, suave, y tan reciente que áun no habia perdido nada de su matutino aroma, de su frescura y de su hechizo en las lenguas de las comadres y en los comentos de los envidiosos.

Una mañana, ya comenzada la misa mayor en la parroquia de San Felices, donde la oia Teresa, penetró el veredero, y llegando hasta las gradas del presbiterio, se hincó de rodillas. Venía calado de agua, chorreando; los chicos inmediatos, sin dejar de mirarle asombrados, se apartaron de él, y no tardó en correr el reguero por el suelo, manchando el lugar que Chispete ocupaba. La devocion del recien llegado distrajo á muchos de la suya, entre ellos á Teresa.—Un hombre hecho sopa, como pintorescamente dice el vulgo, causa risa dentro de pob lado á las gentes que suponen ó saben que tiene cerca su casa y ropa en ella para mudarse; mas á ningun corazon bien puesto hace reir, sino le mueve á lástima, la cuita del campesino, el traginero ó el soldado, mojado por la lluvia, sin más ajuar de vestir que lo puesto, y obligado al caso forzoso de seguir su labor ó su jornada.—Tere-

sa compadeció á Chispete. ¿Quién sabe cuánto tendria que andar todavía el pobre mozo ántes de terminar el dia? Y el agua, en tanto, traida en espesas ondas por las ráfagas del viento, caia y sonaba estrepitosa sobre las vidrieras del templo, y penetrando por las hendidas tejas y las mal juntas vigas del alfarje, comenzaba á gotear sobre el piso y sobre los fieles.

Y olvidando y trabucando las rutinarias frases de la oracion dominical que repetia con los labios, comenzó la doncella á orar con el alma; que orar con el alma es ocuparla en sentir las miserias ó dolores del prójimo, levantándola á Dios con el deseo de compartirlas y la peticion de aliviarlas.

Chispete no perdió una sola de las santas ceremonias. Llegó el ofertorio y respondió puntualmente á cada uno de los innumerables Padre-nuestros que el sacerdote rezaba en alta voz por cada uno de los bienhechores de la parroquia.—¡Pía costumbre, cristiano necrologio, que guarda la memoria de aquellos muertos, caritativos en vida, pagándoles caridad con caridad, devolviéndoles su beneficio en sufragios y preces: evocacion augusta que, trayendo los apellidos venerados de nuestros mayores de la lúgubre noche de la muerte á la luz espléndida y pura del amor en Cristo, es testimonio de la eterna vida de las almas, realizando la verdad de aquella sentencia: *Vita mortuorum in memoria vivorum;* «la memoria del vivo es vida del muerto!»

Abrió despues el sacerdote un libro, y para escuchar su lectura, Chispete, á semejanza de otros asistentes, sentóse en el suelo, puesto de costado al altar, como si dudoso de la certeza y finura de su oido, quisiera que las palabras del leyente enfilasen derechamente su oreja. Torció el cuello y púsose á mirar al techo para evitar, sin duda, distracciones; mas por suerte clavó los ojos en paraje donde penetraba la lluvia, y principiaban á centellear trémulas y pendientes las gotas de agua. Soltóse la primera, y Chispete, involuntariamente, la acompañó con los ojos hasta el suelo; cayó la gota delante de Teresa, y los ojos del veredero se encontraron en su camino con los de la muchacha, la cual bajó los suyos, tal vez para mirar el sitio donde se estrelló el agua y la negra mancha que hizo.

Leer por sí y para sí en el libro palpitante y vivo de aquellas encendidas pupilas parecióle ya á Chispete más dulce y provechosa tarea que la de atender á la voz cansada y monótona que desde el altar recitaba; y en aquella lectura puso todos sus sentidos. Así le sobresaltó y dió disgusto oir cerrarse con estruendo el libro en las manos que lo tenian, y á la voz misma del lector que, mudando de tono y con mayor sonoridad, exclamaba: *Lavabo inter innocentes manus meas:* á cuya voz todos se incorporaron é hincaron de nuevo, y Chispete con ellos, para seguir la misa.

La media hora de lectura que á tantos habia parecido interminable siglo, y para llevar la cual con paciencia y comodidad no encontraban postura ni entretenimiento silencioso bastante, acudiendo muchos al recurso de dormirse, habia sido para el veredero un instante.

VI.

Ya sabemos que el crédito de Chispete no andaba muy alto por la comarca. Más pecadores que él los habia, y no pocos, entre los de sus años; pero esto de la fama y buen concepto es cosa que más que otra ninguna pone en evidencia lo caprichoso y mudable é inconsistente de la fortuna. No la tienen corta aquellos que sin mayores sacrificios ni virtudes más raras que el tropel de sus semejantes ganan la opinion y disfrutan las ventajas considerables del buen nombre; miéntras es tan menguada la de otros, que por haber en mala ocasion dejádose arrastrar de un impulso vicioso, ó por dar vado cándidamente á una flaqueza, quedan entregados á perpétua y desigual pelea contra la desconfianza comun, y el siniestro recelar y la voluntad torcida de sus convivientes.—En suma, lo falible y ligero de los juicios humanos tanto se prueba en sus absoluciones como en sus mortales sentencias.

Chispete, pues, no estaba acostumbrado á encontrar benevolencia ó grata acogida en la palabra, en el gesto, ó en la mirada de las mozas que pasaban por más honestas y recatadas.—Desdeñado siempre, á menudo reprendido y puesto en vergüenza por muchas de ellas, habíase mansamente familiarizado con la proscripcion, y como no era rencoroso ni vengativo, pasiones de gentes sedentarias y unidas en sociedad, pagaba con su indiferencia el mal término de las mozas, y si ellas le insultaban ó escarnecian, él pasaba sin verlas ni oirlas, ni áun al rostro las miraba siquiera.

Merecer tan impensadamente lo que habia merecido de mujer de tanto punto como Teresa, era para él cosa tan nueva y desusada, como si en un dia crudo de invierno, al llegarse á la estafeta de Cártes para tomar la correspondencia y andar á repartirla por los aguazales del llano y por los riscos del monte, el estafetero le hubiera dicho: «Entra á descansar, Chispete, siéntate en el poyo de la cocina, toma y almuerza un plato de torreznos dorados con buen pan blanco, tierno y sin tasa; enjuga la sed que te cause el almuerzo con este jarro oronda de vino, y tiéndete luégo á roncar y dormir hasta que te despierten los cuidados de tu hacienda.»

¡Pobre Chispete! casi estaba á punto de trocársele en fervor verdadero y durable su devocion improvisada.—Porque Chispete habia entrado en la iglesia de miedo, y de miedo habia rezado y dádose golpes de pecho, y seguido con imperturbable afan los ritos sagrados hasta que la vision amorosa penetró por los sentidos en su corazon.

Aconteciale lo que á muchos hombres que saben de Dios y creen en él, pero le olvidan miéntras no se hallan en ánsias ó pruebas de que no pueden sacarlos con bien medios humanos. Al sentir Chispete correr por su espalda la lluvia de aquella mañana, al palpar su cartera empapada y reblandecida, habíanse ofrecido á su escarmentado espíritu los castigos de hambre y los pescozones que le aguardaban de parte y mano de los interesados en la correspondencia que el bolson contenia; y sencillo como era y penetrado de su soledad y desamparo en el mundo, ocurriósele acudir al cielo para hacerle mediador entre su falta y la cólera de los ofendidos, sin pensar que deteniéndose tanto, retrasaba el cumplimiento de su obligacion, agravando su pecado.

Y lo cierto era que si no habia logrado remediarse en su apuro, habia conseguido olvidarle y dejado de sentir la espuela con que le heria y mortificaba. Tanto, que no contento con haber asistido á la misa y preces hasta el cabo, salióse luégo al atrio, y arrimado á una de las cruces de piedra del Calvario que le cerca y envuelve, esperó la salida de Teresa. Apartado y solo como estaba, no dejaron de alcanzarle las pullas de los aldeanos, que puestos en corro, abrigados por el tejadillo del pórtico, liando ó picando sus cigarros, se entregaban á las ordinarias dominicales murmuraciones *post-missam.* Mas él, cansado, tiempo hacia, de vanidades, embotada la sensible fibra del amor propio, dejábalos decir, mirar, reirse y encogerse de hombros, y puesta su alma en sus oidos, pretendia adivinar entre el estrépito desacorde de las herradas almadreñas sobre las piedras del atrio, el piso y el paso de Teresa.

Habia cesado de llover, y el sol asomaba fúlgido y despejado entre nubes. Mirábale la tierra montañesa, sonriendo á traves de las lágrimas de la lluvia recien caida, como mira á su amado la doncella tanto más gozosa de su tardía llegada, cuanto más vivamente lloró recelos de no verle. Las nieblas se recogian y plegaban en las alturas, y el sombrío silencio del valle se animaba con gritos y voces humanas, y el cantar regocijado de los pájaros. En el ambiente humedecido y tibio vagaba la misteriosa esencia de vida, esencia penetradora, ardiente y vaga, cuyo influjo en ambas naturalezas, animada é inanimada, las cuales perturba, agita, inflama y transforma, se dice comunmente primavera.

Apareció Teresa fuera del pórtico, y sus ojos se encontraron con los del veredero, hablándose, si no con mayor claridad, con mayor desahogo y franqueza que se hablaron dentro de la iglesia. Y como si entre el sol del cielo que reanimaba sus músculos, y el sol de la tierra que encandescia su corazon, hubiérase sentido Chispete restaurado y vuelto á la conciencia de sus obligaciones, alzó el palo, tendióle sobre el hombro, y pasando con pasmosa agilidad y soltura sobre el pretil del atrio, desapareció en la calleja que rodea la parroquia.

Al caer de la tarde del mismo dia, Teresa, al pié de uno de los castaños que crecian á las puertas de su casa, hacia el recuento de las ovejas y cabras que bajaban de pastar é iban entrando á la deshilada en la cuadra, cuando oyó un cantar lejano cuya letra no se percibia, pero cuya música era de las usuales y melancólicas de la montaña. Siguió Teresa su recuento, y á poco rato la misma voz volvió á cantar más cercana, aunque no inteligible todavía. La postrera res desaparecia tras de la puerta atrancada desde fuera por Teresa, cuando asomaba Chispete entre los ásperos troncos de los árboles desnudos. Pasó por bajo de la casa, miró á la moza, y dijo:

—Buenas tardes, Teresa.—Con Dios, Chispete—respondió la muchacha, y pocos pasos andados, oyóse nuevamente la vibrante voz del veredero. Y ya entónces se percibieron con claridad las palabras de un cantar que decia:

Estando en misa mayor
Me miraste y sonreiste,
Tal le parezcas á Dios
Como á mí me pareciste.

No medió otra declaracion en sus rústicos amores; mas era lo bastante para concertarse ambos corazones. Teresa aguardaba á Chispete en el dia y hora de su acostumbrado paso, y Chispete anunciaba su llegada con un cantar que parecia desafinado y tosco á las cantadoras tituladas del valle, pero que sonaba á música del cielo en el pecho venturoso de la aldeana.

(*Se continuará.*)

JUAN GARCÍA.

ESTUDIOS SOBRE EL BRASIL.

LA CIUDAD DE RIO DE JANEIRO.

I.

Cuando el viajero, si no fatigado, aburrido de una larga travesía entre Europa y América, divisa á lo léjos en una mañana plácida del mes de Setiembre las innumerables puntas caprichosas y elevadas de la costa del Brasil, no puede ménos de sentir emociones gratísimas que le recuerden el continente de su patria, si ha nacido en Europa.

Pero así como el vapor se va acercando á la costa, las ideas primitivas cambian de aspecto, y puede, por último, observarse que la tierra del Brasil por la parte del mar en nada se parecen á las del continente europeo, donde desde Portugal á Inglaterra, las costas son áridas, peñascosas y casi siempre sin vegetacion. En Brasil, por el contrario, las montañas que baña el Océano están literalmente cubiertas de follaje y de verdura; y á pesar de sus laderas inclinadas á 30 y 40° se desarrollan en ellas soberbios arbustos y malezas impenetrables. El color amarillento y rojo de algunos picos se destaca de un modo fuerte y artístico en medio del verde oscuro de las palmeras y de las mangas, de los coqueiros y jabuticaba; formando estos contornos festoneados la más agradablevista y el más delicioso panorama salvaje. Entre algunas puntas hay playas de blanca arena que se asemejan á una larga cinta de plata ó de espuma que separa el mar de la tierra.

Y así marchando 15 millas por hora, llegamos á distinguir el famoso pico de *Pao d'azucar*—Pilon de azúcar—por cuyo pié cruzamos la barra defendida por dos fuertes castillos de baterías superpuestas, para entrar en la gran bahía de Rio de Janeiro.

El dia que entramos en el puerto—19 de Setiembre de 1872—visitaba el Emperador del Brasil varios buques de guerra extranjeros, por cuya razon *nos han recibido* con salvas que atronaron los oidos más de una hora. Dimos fondo, y en un vaporcito de servicio desembarcamos en la Alfandeja ó Aduana. Allí, despues de algunas formalidades ridículas, como en la mayor parte de todos los establecimientos de igual clase en el mundo, nos hicieron pagar algunos derechos por el equipaje y hasta por unos libros que llevaba para un amigo.....

Antes de pasar adelante, vamos á consignar que en las descripciones que hagamos, hemos de trasportar al papel todas nuestras impresiones, convengan ó no al país; porque no hemos de exagerar ni faltar á la verdad por consideraciones de ninguna clase.

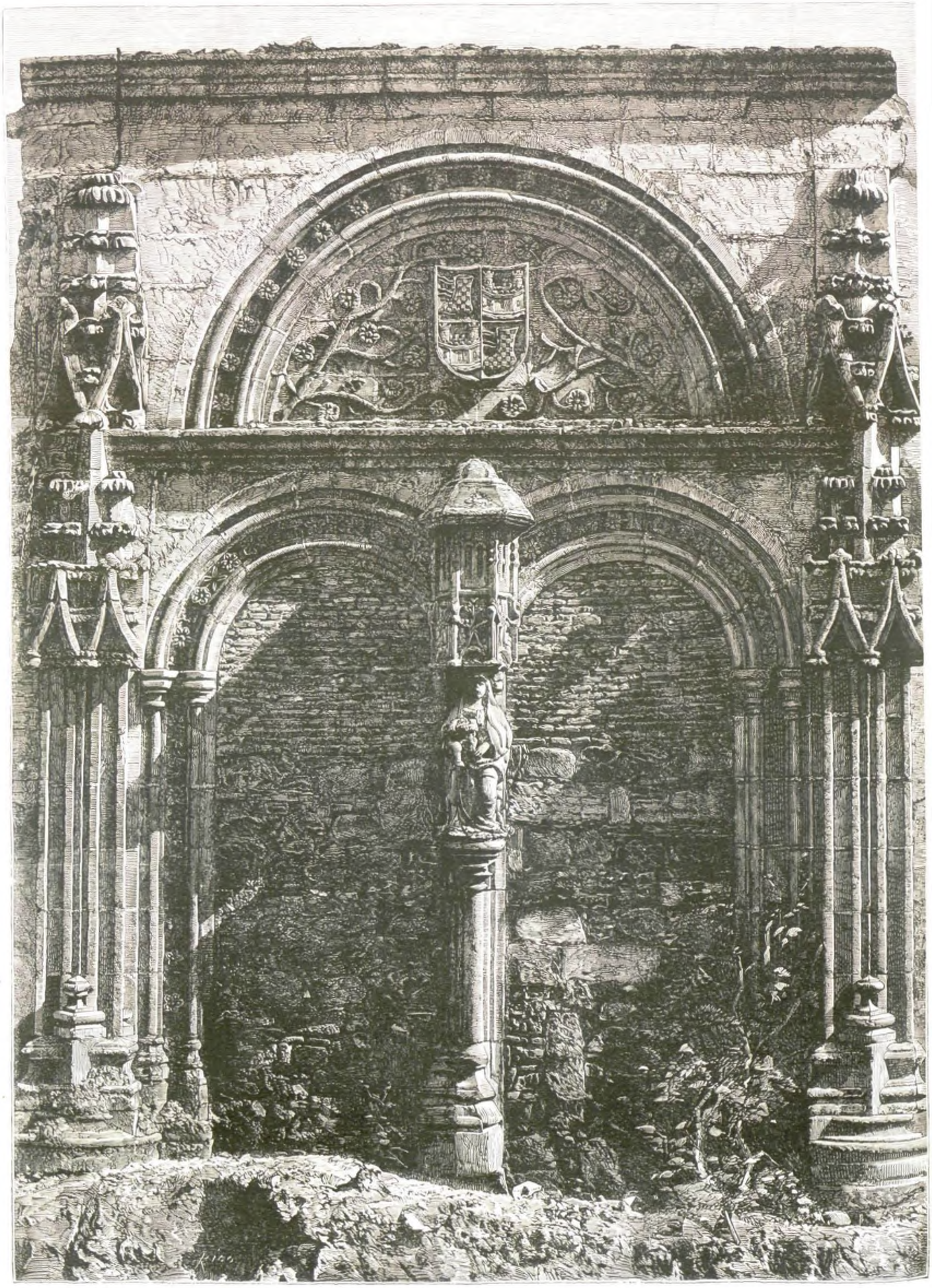
Esto sentado, continuamos.

Se nos habia dicho á bordo por un jóven brasilero que la mejor fonda de Rio Janeiro era el Hotel de los Príncipes y allí nos hemos dirigido. Este hotel está bien situado y tiene buena mesa. Lo demas, es decir, el resto del servicio, es insoportable. Como los asuntos que me llevaron á Rio de Janeiro no exigian mi presencia continuada en la córte, nos decidieron á vivir en un lugar aislado y á orillas del mar; habiendo elegido, por estas y otras consideraciones, el barrio del Retiro Sandoro en la Punta del Cajú.

Este barrio, hoy frio todavía, llegará á ser con el tiempo, uno de los más apreciados en Rio, porque reune condiciones higiénicas cual ninguno, hasta el punto que durante la invasion del cólera y fiebres en la capital del Brasil, ha sido el Retiro Sandoro el único barrio donde nadie ha muerto de esas terribles enfermedades que diezmaron la poblacion.

Los dias de más calor apénas es sensible en ese pintoresco barrio, y su proximidad al mar le hace muy aceptable para las personas que tengan necesidad de tomar baños y de vivir de un modo tranquilo y sosegado sin el bullicio del centro de la ciudad ó del brillante barrio de Botafogo.

Tiene hoy el inconveniente de pasarse para ese barrio por el matadero público, donde se perciben malos olores, debido al abandono, á la incuria de las autoridades, dígase cuanto se quiera á este respecto. Nosotros hemos visitado los mataderos de Lóndres, de París, de Madrid y de Lisboa, que son un portento de limpieza y aseo. ¿Sucede lo mismo en Rio Janeiro? No y mil



AVILA.—Portada del antiguo hospital de Santa Escolástica.

tual ó deje de hacer el individuo, el municipio ó la provincia, va á quedar cesante por falta de trabajo, y no restarle nada qué hacer ni qué llenar.

Pero á pesar de todos estos esfuerzos, el espíritu fabril no ha podido inocularse en los avileses, que hoy son reducida la poblacion de la ciudad, y sin recursos ni espíritu público para evitar la ruina de tantos monumentos como pregonan su antigua grandeza.

Deber es de una publicacion como la de este semanario, recoger entre sus páginas *ad perpetuam* los venerables restos de monumentos llamados á desaparecer dentro de poco, como la portada del antiguo hospital de Santa Escolástica, que se reproduce en la pág. 136 que se ha tapiado con las ruinas del edificio y del que solamente quedan algunos trozos de pared.

Dicha puerta es notable por corresponder á esa época en que no se adoptaba con franqueza el estilo ojival, del que tiene preciosos adornos, ni se atrevia á relegar el bizantino, del que conserva tambien preciosos arcos.

Como en la sucesion de los dias, las artes tienen momentos de penumbra, en que la luz del nuevo sol tiene que ir ganando palmo á palmo su terreno.

RICARDO VILLANUEVA.

MALLORCA.—CASTILLO DE BELLVER.

La linda capital mallorquina, como la capital catalana, tiene por su rumbo O. un castillo que la cobija y resguarda; pero más monumental y pintoresco Bellver que Monjuich, si para el viajero es un objeto de curiosidad notable, para el artista es un tipo digno de particular consideracion.

El cerro de Bellver, ó *Bella vista*, álzase á dos kilómetros de la ciudad de Palma, sobre el arrabal dicho de Santa Catalina, enlazado á la línea de suaves altozanos que dominan la ciudad y su bahía.

El castillo, si bien en diferentes épocas ha servido de prision de Estado á algunos personajes célebres, entre ellos Lacy y Jovellanos, mejor parece palacio que fortaleza, siendo verdaderamente digno de señalarse como singular modelo de las construcciones de su clase, en el estilo ojival á que pertenece.

Hácia los últimos años del siglo XIII mandó erigirle el desdichado D. Jaime II, á la vez que emprendia la fábrica de la catedral y convertia en residencia suya el alcázar de la Almudayna. Piferrer conjetura, no sin razon, que Pedro Salvá, director del palacio en la fecha de 1309, lo fué tambien del castillo de Bellver, así como pintó sus bóvedas Francisco Caballer, que por el mismo tiempo decoraba las estancias de la reina y de las princesas.

Tiene este castillo la forma de un ancho tambor, flanqueado de cuatro torres equidistantes, aunque exenta la del homenaje, y promediadas de igual número de gavirones ó medias torres que descansan sobre un pilar á lo largo del muro, disfrazando su desnudez más bien como adorno que por necesidad de la defensa. La torre del homenaje, cúbica, prolongada y gallarda, sobre el talud, que le sirve de basamento, está algo fuera de la muralla, bien que unida á la misma por dos arcos que sostienen un angosto paso á mitad de su elevacion, en su orígen puente levadizo. Salteada de ventanillas de cimbras en degradacion, y coronada por una orla de modillones escalonados que sostuvieron el adarve ó barbacana, constituyen un accesorio airosísimo, y se despeja á gran distancia sobre la masa del conjunto. En el fondo de ella se encierra un calabozo celular, donde gimieron los prisioneros más calificados, víctimas generalmente de la ojeriza política ó de aviesos recelos del poder.

Pero no es sólo la torre la parte más curiosa de ese castillo. Sin contar sus holgados vestíbulos, escaleras, corredores, cuadras, capilla de San Márcos, etc., que le dan un aspecto regio; el zaguan interior, concéntrico al recinto, reclama por su especialidad toda la atencion del arqueólogo. Figúrese un círculo perfecto, rodeado en la planta baja de quince recios arcos cimbrados, y de otros tantos en la alta, ajimezados cada uno de éstos, resultando dobles, y rasgada su enjuta por calados trilobales que juegan donosamente circunscritos en el arquivolto principal. Por el interior corren los mismos arcos aristados y cruzados que forman la bóveda de la galería, rodeando el patio, donde algunas piezas interiores abren ya sus puertas redondas, ya sus sencillos ajimeces volutados. Lo notable de esta decoracion es que con aparecer airosa y perfectamente calculada, llena todas las condiciones de robustez y gravedad propias del edificio, tanto por lo recio de sus arcos y pilares octógonos, sin filetes, como por la economía de sus adornos y detalles, reducidos á una vigorosa acentuacion de los lineamientos generales y á ligeras labores amigdaladas en el collarino de las columnas.

Hé aquí, pues, como el mismo arte ojival que tan profusamente laboreaba las catedrales y otros edificios religiosos; que no menor, pero ya distinta galanura, lucia en los de la índole civil, uno de ellos por cierto notabilísimo, la *Lonja* de la misma ciudad de Palma, supo acá encerrarse en los límites de una severa parsimonia, sin por eso ser ménos vistoso, genuino y original.

Admirable condicion de una escuela, todavía no bien estudiada, que llevando hondas raíces del más puro sentimiento estético, debia por natural esencia crear maravillas donde quiera y en todos géneros, conforme le sucedió á la escuela árabe y ha sucedido á otras, al redondearse como producto legítimo de un período dado de civilizacion.

Los artistas jamas debieran olvidar este principio invariable que determina y fecundiza los estilos, á pesar de absurdas reacciones y de petulancias descaminadas.

Bajo tal punto de vista, ya lo hemos dicho, el castillo de Bellver es un tipo digno de suma atencion, y á la vez una rica página artística, que los mallorquines harán bien en conservar celosamente.

J. PUIGGARÍ.

LO ESCRITO DE LAS MUJERES.

(CONCLUSION.)

Siguieron á este escritor más de otros veinte, entre los cuales el más notable es Brantome, quien tratando de justificar á todas las mujeres, y llegando á defender á la cruel Catalina de Médicis y á la adúltera Juana de Nápoles, no puede ménos de confesar que «la mujer «más sencilla engaña al hombre más astuto», por lo cual creemos que él mismo fué engañado por alguna mujer al disculpar á las dos reinas que hemos citado. Sigue á este autor frances Hilarion de Acosta, religioso mínimo, el cual dió á luz dos volúmenes donde se contienen los elogios de todas las mujeres de los siglos XV y XVI notables por su valor, talentos ó virtudes: los panegíricos de este religioso ascienden á ciento setenta; pero todo esto no es nada en comparacion del italiano Pedro Paulo de Ribera, que publicó en su lengua una obra titulada: *Los triunfos inmortales y empresas heróicas de ochocientas cuarenta y cinco personas.* La erudicion de este libro asombra, y creemos muy difícil que se haga otra coleccion más completa en su género.

El mismo espíritu que dictaba estas colecciones de panegíricos debia producir tambien una infinidad de escritos sobre el mérito de las mujeres en general, y así fué en efecto: Cornelio Agrippa se puso al frente de esa especie de conjuracion que trataba de asegurar la superioridad del sexo femenino, y aprovechando sus inmensos conocimientos en teología, derecho, medicina y demas ciencias, escribió una obra titulada: *De la excelencia de las mujeres sobre los hombres*, en la que con pruebas teológicas, físicas, históricas, cabalísticas y morales, sacando éstas de la escritura, de la fábula, de la historia, de los poetas, de los oradores y hasta de las leyes civiles, trata de demostrar su aserto, y acaba protestando que ningun interes guia su mano, lo cual está en contradiccion con la pública fama que afirmaba habia dado á luz dicho libro para hacerse lugar con la famosa Margarita de Austria, gobernadora de los Países Bajos, á quien profesaba un amor ciego y entusiasta.

Despues de esta obra, motivada por una dama española, publicóse otra, escrita para enaltecer directamente á otra compatriota nuestra, y que es sin duda una de las más curiosas y extrañas. Titulábase *Templo á la divina señora Juana de Aragon, construido en honor suyo por los más sublimes entendimientos y escrito en todas las principales lenguas del mundo* (1). El elogio referido le fué consagrado el año 1551 en Venecia por la Academia de los Dubbiosi; algunos académicos habian concebido á solas el pensamiento, mas hallándose todos juntos se juzgó digno de ser adoptado por toda la corporacion; solamente ocurrió una dificultad: tratábase de saber si Juana de Aragon se habia de llevar sola los honores, ó si debia asociarse á su hermana la Marquesa del Vasto, que era no ménos célebre y distinguida; pero naturalmente se juzgó que dos deidades juntas no podian llevarse bien por más que las uniesen lazos fraternales, y así, pues, decidió la Academia, despues de las más sérias deliberaciones, que la Marquesa del Vasto tendria sus altares aparte, con lo que quedó Juana de Aragon única y exclusiva propietaria de los suyos. Procedióse, pues, *á la construccion del templo*, y las lenguas latina, griega, italiana, española, francesa, esclavona, polaca, húngara, hebrea, caldayca, etc., sirvieron de materiales para el tal monumento, el más singular sin duda de cuantos ha erigido la galantería en honor del talento y de la beldad.

Anteriormente y en la misma Italia escribieron sobre la perfeccion de las mujeres el cardenal Pompeo Colonna, el Porcio, el Lando, el Domenichi, el Maggio, Bernardo Espina y otros; pero el más notable fué Ruscelli, que publicó su escrito en Venecia en 1552, es decir, casi al mismo tiempo que el Templo á Juana de Aragon citado más arriba. Ruscelli se muestra descontento del modo que ha tenido de sostenerse tema tan palpable, copia á Agrippa y le censura, mezcla la teología y el platonismo, el nombre de Dios con el de la mujer, y despues de traer y llevar á Moises, al Dante, al Petrarca, á Boccacio, á San Agustin, á Homero y á San Juan, deduce triunfante, «que sólo la contemplacion de la belleza puede hacer feliz al hombre en el «mundo y elevarle á la contemplacion del Sér Supremo.»

Despues de Ruscelli parece que debieron quedar algunos incrédulos, pues se publicaron aún muchas obras españolas, italianas y francesas sobre el mismo asunto. Juana Meneses dió á luz su *Triunfo de las mujeres*; Lucrecia Marinella, *La nobleza y excelencia de las mujeres con los defectos é imperfecciones de los hombres*, Juan Espinosa su célebre diálogo en elogio del bello sexo; la célebre reina Margarita, mujer de Enrique IV, su carta en que intenta probar «que la mujer es superior «al hombre», lo cual no impidió que cometiera mil flaquezas por aquel sér tan inferior; Madamoiselle de Gournay, que ménos atrevida, se contentó con la igualdad entre los dos sexos, y otra infinidad de libros más que no cito por no ser difuso, pero entre los cuales merece notarse el titulado, *La mujer mejor que el hombre*, paradoja de Jacobo del Pozo, que no debió sentar muy bien á las mujeres por lo que tenia de paradoja.

Nos vamos aproximando al final de la edad moderna y con ella se ven descender los talentos y la importancia de las mujeres: verdad es que áun quedaban reflejos de galantería en España y Francia, que las córtes de Felipe IV y Luis XIV eran un modelo de rendimiento; pero tratándose ya de la satisfaccion de las pasiones más que del entusiasmo por sus cualidades, las mujeres bajaron, por decirlo así, del trono en que recibian holocausto al oculto retiro donde sólo tenian adoradores á sus piés para tenerse luégo que confesar vencidas. La ciencia en la mujer convirtióse en un empalagoso discreteo, y Molière le dió un golpe mortal con su comedia las *Preciosas ridículas*, en la que, aparte de su buena intencion, da en el extremo de enviarlas de una manera descortes á vegetar entre el dedal, el hilo y las agujas: brillan, sin embargo, en Francia, madame de Sevigne, y en España, posteriormente, Luisa de la Cerda, de la familia de los Condes de Oñate, que sostuvo brillantemente las conclusiones más difíciles de la filosofía aristotélica, pero quedan aislados tales ejemplos, y decayendo la instruccion general de las mujeres, decae tambien el entusiasmo que por enaltecerlas mostraban en otras épocas los escritores.

Quedan sólo los elogios fúnebres para aquellas que ocuparon el trono, y en vano el ilustre autor del *Telémaco* escribe un tratado sobre su educacion, el padre Feijóo sostiene que son aptas para las ciencias, y Legouve despues de la revolucion francesa las dedica versos elegantes y patéticos en su preciosa obra titulada: *El mérito de las mujeres*. Retiradas ellas en el fondo del hogar abdican casi por completo de su antigua soberanía; el hombre, siempre tirano, aprovecha tal abdicacion para sostener, como se sostuvo al principio del siglo actual, que ni áun debian aprender á escribir, y el gran Napoleon pone el sello á tan ruin idea diciendo que «la mujer más digna de aprecio en un estado es la «que tiene más hijos.» Pero el siglo avanza, se habla de luces y de ilustracion por todas partes, las mujeres hacen un esfuerzo supremo, y brillan madame Stael y la Jorge Sand en Francia; Mis Regina Maria Roche en Inglaterra; Fernan Caballero, Carolina Coronado y Gertrúdis Avellaneda en España. No pueden, sin embargo, reconquistar su antigua preponderancia; se habla mucho de ellas, se escribe mucho de ellas, porque hoy dia se escribe mucho de todo, mas á pesar de tanto escrito, de tanta palabra y de tanta civilizadora idea, su educacion se reduce á un pequeño número de conocimientos insustanciales, y como cada época tiene su fisonomía particular, y ésta es sin duda alguna la época del bombo y gusta toda sensacion que no atormente la inteligencia, en vez de hacerlas sábias como en aquellos siglos atrasados, las hemos hecho artistas, es decir, las hemos obligado á pasar ocho ó diez años de su vida atormentando las teclas de un piano ó adquiriendo una irritacion de garganta, para que brillen despues en

(2) Dicha señora, una de las más célebres del siglo XVI, casó con un príncipe de la casa Colonna, y fué madre de Marco Antonio Colonna, que se distinguió en la batalla de Lepanto.

SUIZA.—Vista de Ginebra y del Mont Blanc, tomada desde el Ródano.

PALMA DE MALLORCA.—Histórico castillo de Bellver

Juglares y acróbatas indígenas de la India.

Una compañía de *Scebundee*, tropas irregulares de la India inglesa.

los salones y nos deleiten los sentidos, á la manera que el pájaro encerrado en su jaula recrea á su señor, pero que careciendo de inteligencia y de palabra no puede comunicarse con él.

Esto no obstante, parece como que se va despertando de algunos años á esta parte, y particularmente en España, el entusiasmo por las cualidades del bello sexo; ya se le dedican libros, ya se publica *La mujer*, preciosa obra de D. Severo Catalina; *Las mujeres de la Biblia*, de un jóven y discreto escritor; *Las mujeres célebres españolas*, magnífica obra escrita por el Sr. Rada y Delgado, y finalmente, *Las mujeres españolas, americanas y portuguesas*; pero aun queda mucho que hacer para conseguir que influya en nuestras ideas, que nos hable á la inteligencia, ya que siempre nos habla al corazon, que sea efectivamente la mitad de nuestra vida y de nuestro sér ese ángel en cuyos labios anida la dulzura como la miel en los pétalos de la flor, cuyo aliento es perfume que embriaga el espíritu y cuyo beso es corona de la inocencia y perdon en el arrepentimiento.

MANUEL VALCÁRCEL.

ANTONIO SELVA.

II.

No siempre ha de estar el divino arte del canto escarnecido y vilipendiado como lo está hoy, merced á la osadía de unos cuantos *artistas* de relumbron y á la falta de gusto é instruccion de la mayor parte del público. De feliz recordacion para el drama lírico, ha habido un tiempo, no muy lejano, en el que el arte era una verdad, una religion que tenia su culto grandioso servido por sacerdotes dignos y elevados.

Ya en otra ocasion lo hemos dicho y ahora lo repetimos: cantantes dotados de talento é instruccion; jóvenes poseidos del entusiasmo que prestan el genio y los conocimientos, identificados con la manera de ser y de sentir del compositor; acostumbrados á mirar el arte bajo el severo prisma de sus reglas esenciales y del dominio del maestro cuyas menores indicaciones atendian, ellos levantaron el arte á inmensa altura porque eran artistas verdaderos, hombres que cantaban y sentian, que declamaban y sentian, que recitaban y sentian, que frascaban y sentian, y que cantando, declamando, recitando y frascando, entusiasmaban al público porque le hacian sentir.

De esta brillante generacion, de esta raza gloriosa que hizo del arte un pontificado, sólo restan hoy muy pocos individuos, miembros dispersos que han resistido valientes y serenos los rudos embates de una reaccion funesta. Ellos han asistido á mentidas deificaciones que se han deshecho bien pronto como la espuma; ellos han visto pasar á su lado, desdeñándolos tal vez, á una pléyade de falsos profetas, cuyas doctrinas lograron por un momento inocularse en el público ininteligente; los han visto nacer, crecer y precipitarse en el abismo de la indiferencia, miéntras ellos, solos, confiados en la justicia de su causa, resignados y seguros, libraban grandes batallas, nunca vencidos, vencedores siempre, dispuestos en todas ocasiones á morir peleando como buenos por las sublimes doctrinas del verdadero drama lírico, por la santa causa del arte. A este reducidísimo número de cantantes ha pertenecido siempre, éste es hoy, Antonio Selva.

¡Gran artista! Nunca los frívolos juegos de vocalizacion, jamas las superficialidades del órgano de la voz pudieron convencerle. El sacrificio de su propia personalidad en aras del arte resume toda su doctrina; el sagrado culto que rinde al compositor y al poeta, revela su conciencia. Para Selva hay algo, hay mucho que está fuera de la facultad vocal. Sus conocimientos no se reducen á filar una nota, á hacer un portamento, á vocalizar una escala cromática, no. Busca ante todo el acento, la intencion, la fuerza expresiva, el colorido, ese conjunto inapreciable de facultades, ese genio de asimilacion que todo lo anima, todo lo reverdece, y merced al cual se manifiesta en todo su poder el fuego creador de los grandes maestros.

Las creaciones de Selva no son solamente tipos musicales; son tipos dramáticos ó cómicos que inician al público en todos los secretos del personaje, haciéndole partícipe de los sentimientos de éste por medio de la verdad llevada al último extremo de belleza. Así es que se encuentran en Selva detalles sorprendentes, que no dejan lugar á duda respecto á la conciencia artística del gran cantante.

Sus personajes se imponen al público por la perfeccion descriptiva de los caractéres, por la admirable verdad de la expresion, por la intachable pintura de esos pequeños detalles que han sido siempre el distintivo de los grandes artistas.

Para hacer el Mefistófeles, Selva estudia el Fausto de Gœthe y el personaje híbrido de Barbier y Carré. Si se propone cantar el Don Basilio, lee ántes á Beaumarchais; si el Leporello, medita sobre el Don Juan de Tirso de Molina, Byron y Da Ponte, sin desdeñar por eso á Zorrilla. Sería capaz de aprenderse el Antiguo Testamento para identificarse con Moisés, y capaz tambien de ensayar el Don Alfonso de la *Lucrezia* ante Victor Hugo, con el propósito de elevar á más alto rango las creaciones de Rossini y Donizetti.

Alexis Azevedo, severísimo y reputado crítico frances, muy conocido por su independencia y talento, oyó en París á Selva en el papel de Don Basilio del *Barbero de Sevilla*. Tomaron parte en la representacion de la joya inmortal de Rossini, la Patti, Brignoli, Delle Sedie y Selva. Azevedo publicó una excelente crítica en *L' Opinion Nationale*, y en ella, despues de censurar con fina ironía á la Patti, Brignoli y Delle Sedie, dedicó á Selva las siguientes líneas:

—«El acontecimiento artístico de la noche ha sido el ária de la *Calumnia*, cantada, dicha y representada por el Sr. Selva de una manera incomparable. Damas, en nuestro entender, las intenciones profundas de esta ária inmortal se habian puesto en evidencia con tanto talento, con acierto tanto. De esta página, en la que el compositor se ha elevado á la altura de los más bellos trozos de nuestro Molière, el Sr. Selva ha hecho todo un drama y todo un poema. Los aplausos reiterados de la sala entera han demostrado al gran artista la satisfaccion del público.»

«Ha hecho todo un drama y todo un poema»: hé ahí en pocas palabras caracterizado el talento prodigioso del artista. En efecto, el privilegio de Selva consiste en adivinar con entera exactitud las intenciones del maestro, en comprender perfectamente todo aquello que, saliéndose fuera de la notacion musical, abandona el compositor al instinto artístico del cantante, á su talento, á su erudicion, á su sentimiento, á su arte en fin. No de otra manera se comprende que una misma pieza musical puede presentar caractéres completamente distintos segun el talento del artista que la ejecute.

Tomad el aria de la Calumnia del *Barbero*, ó la burlesca narracion de Leporello, *Madamina, il catalogo è questo*, en la obra maestra de Mozart. Encargad la ejecucion de estas dos preciosidades musicales á un *virtuoso* dotado por la naturaleza de una voz potente, robusta, flexible y entonada, pero á la que no acompañe el sentimiento cómico de la situacion. Oiréis la melodía, el discurso musical en ciertas y determinadas ocasiones; recibiréis una grata impresion en el órgano auditivo, pero ¿podréis comprender las intenciones del maestro y del poeta? Os será posible apreciar la importancia artística de la escena? No, imposible de todo punto.

En cambio, oid á Selva en la Calumnia, ó en el aria del *Don Juan*, y no os quedará duda alguna sobre la verdadera significacion de esas dos obras del genio. ¿Por qué? Tomemos como ejemplo una situacion enteramente opuesta para demostrarlo. Fijémonos en el Duque Alfonso de la *Lucrezia Borgia* de Donizetti.

Cuantas veces ha cantado Selva el aria de salida del segundo acto: *Vieni, la mia vendetta*, otras tantas ha pasado poco ménos que desapercibida. La razon es muy sencilla. Esta pieza musical es una de tantas *cavatinas* de insignificante mérito que los compositores italianos se creian en el deber de colocar en sus óperas para satisfacer las exigencias melódicas del país y poner de manifiesto las facultades vocales de un determinado cantante. ¿Habrémos de decir que Selva se halla fuera de su terreno al cantar el aria en cuestion? No ciertamente. Quédese la ejecucion *brillante*, los calderones, los portamentos, las interminables fermatas para los que reducen el arte lírico-dramático á una mera fórmula de canto, á la vana ostentacion del registro vocal, ostentacion que por sí sola se hace bien pronto insoportable.

Selva camina por distintos senderos. Esfuércense otros en manejar los pobres resortes de la ejecucion intrínseca, liguen una y otra vez blancas y negras, corcheas y semicorcheas, filen hasta perder el aliento en un *largo*, compas de doce por ocho, cuatro blancas ligadas con puntillo, rómpanse la garganta haciendo trinos, grupetos y cadencias *ad libitum* de las de cuarenta notas por segundo. Lo que estos desdichados *gallos del canto*, como los llamaba Berlioz, no podrán tal vez conseguir con todos sus artificios *artificiales*, Selva lo consigue con tres notas, con una frase, con una actitud.

Miradle en el magnífico cuadro del acto segundo de *Lucrezia*. Las dramáticas situaciones que tan admirablemente supo servir Donizetti, encuentran en Selva un intérprete digno del compositor.

Majestuoso, imponente, terrible, así en su fina ironía, como en sus explosiones de Otello, el gran artista os demostrará su vasto talento, su instinto dramático superior á toda ponderacion. ¿Qué más? En el primer recitado han bastado tres sílabas para que el público interrumpa la escena, aclamando al artista. Cuando Lucrecia reconoce al fruto ilegítimo de sus amores, condenado á muerte por la promesa ducal, que ella, su madre, ha arrancado á D. Alfonso, pretende que la culpa de Gennaro recaiga sobre sus compañeros.

—El reo no es éste, alguno de sus amigos ha cometido el delito.

—«*Non, non è ver*. No, no es verdad», exclama impetuosamente el caballeroso mancebo.

—*L'udite?* ¿Lo oís? dice D. Alfonso, dirigiéndose pausadamente á su consorte.

Pues bien; esta palabra, estas tres sílabas dichas por Selva excitan el entusiasmo del público. ¡Cuál no será la intencion, la verdad que encierran para producir resultado semejante! ¡Cuál no será el poder del arte cuando éste se halla en manos de artistas como Selva!

Del *Pietro* de la *Muta di Portici* ha hecho Selva un poema popular. Aquella figura brusca, apasionada, picante y burlona, azotada siempre por el cierzo revolucionario, *vera effigies* del lobo de mar, sería un tipo vulgar, prosáico, chocarrero comprendida de otra manera.

Para el Marcelo de *Los Hugonotes* el gran artista tiene frases, inflexiones y actitudes dignas de aquel pontífice luterano. En el Bertram del *Roberto* es la encarnacion del genio del mal, en el Mefistófeles del *Fausto* es la ductilidad demoniaca de un diablo de guante blanco; en el D. Basilio la personificacion del clérigo de misa y olla, tramposo, avaro, despreocupado y prevaricador.

En cuanto al Leporello de Selva, nació en Moscou, y no por la rapidez con que se verificó el período de gestacion, dejó de producir para el arte magníficos resultados, como ahora podrán ver nuestros lectores.

Cuando Selva llegó á Moscou, el celebrado bajo Vialetti habia dejado en aquel público gratísimos recuerdos. El partido de Vialetti, capitaneado por el general Levoff, director del teatro y protector oficial en Moscou de aquel artista, se mostró hostil hácia el que habia ido á reemplazarle y fraguó una intriga con el objeto que se puede suponer.

Vialetti habia conquistado grandes triunfos en el Leporello del *Don Juan* y no se comprendia en Moscou que existiese un artista capaz de medir sus fuerzas con Vialetti en ese papel. El general Levoff ordenó á Selva que estudiase el Leporello en cinco dias, término irrevocable para que la ópera se pusiera en escena.

Selva desconocia completamente el personaje; jamas habia oido la obra de Mozart. Conoció de qué se trataba, comprendió la intriga y se dedicó á estudiar sin descanso el carácter de la ópera en general, las situaciones en que se halla el siervo de D. Juan, los rasgos salientes del Leporello, no sosegó en fin ni un momento durante los cinco dias que se le habian señalado para el estudio.

Llega la noche señalada, represéntase el *Don Juan* y Selva obtiene un ruidosísimo triunfo; felicítanle todos, el general Levoff, arrepentido, abrázale con efusion, le llena de cumplidos, y de enemigo que ántes era se convierte en amigo sincero y leal. Las representaciones sucesivas son otros tantos triunfos para Selva, y el recuerdo del eminente bajo queda grabado para siempre en los acontecimientos artísticos de Moscou.

Así deshace Selva las intrigas, no con aplausos pagados, no con falsas manifestaciones de agradecimiento, sino con el poder de su talento, con el atractivo de su valer, mil veces más poderoso que todos los medios *materiales* del mundo. Esa ha sido siempre su conducta, que le ha valido aplausos, ovaciones siempre, jamas muestras de desagrado. ¿Habrá tres cantantes que hoy puedan decir lo mismo?

Selva no se encuentra hoy en la plenitud de sus facultades vocales; las grandes luchas del arte han ejercido su natural influjo, pero á pesar de esto, todas las óperas en que toma parte constituyen para él una inmensa ovacion, un triunfo completo. Sin embargo el célebre artista abandonará tal vez la escena dentro de pocos años para dedicarse á descansar al lado de su familia, rodeado de los goces del hogar, al calor de recuerdos inefables, de victorias artísticas y satisfacciones sin cuento.

Cuando la implacable mano del destino le haya condenado al sueño eterno, el arte entonará un canto de apoteosis hácia su fiel representante, la generacion artística contemporánea vestirá de luto, derramará lágrimas de duelo por el gran talento, por el incomparable artista, cuyas dramáticas creaciones hicieron su gloria.

¿Morirán con Selva, *Leporello* y *D. Alfonso*, *Pietro* y *D. Basilio*, *Bertram* y *Mefistófeles*, *Marcelo* y *Moisés?*

¡Ah, miserable humanidad! ¿Por qué ciertos hombres no habian de ser inmortales?

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

LA NIÑA Y EL MARINERO.

(A JUAN, AUSENTE EN CUBA.)

I.

«Nadie se muere de amores»
Dicen las almas vulgares,
Que como amor no han sentido,
Lo que es el amor no saben,
Y tú..... ¡apóstol inconsciente
De esta doctrina te haces!
¡Ah! si vinieras conmigo
Por estos campos y hogares,
Donde el amor y el trabajo
Forman santo maridaje,
Vieras poemas de amores
Que de tu error te sacasen.
El paréntesis que encierra
Estos poemas reales,
Son dos toques de campana
Que á fiesta y á muerte tañen.
Lo que hay en este paréntesis
¡Dios y el que ha amado lo saben!
Ayer á las oraciones
Pasé por Elexabárri,
Y en la *estrada* de la fuente
Encontré á tu amiga Cármen.
No es ya aquella niña alegre,
Sonrosadita y versátil,
Con quien en el campo de Álbia
Más de un domingo bailaste:
Es la doncella que vive
Esperando que torne alguien,
Y palidece y desmaya
Viendo que no torna nadie!
Pronuncié tu nombre y..... ¡nunca
Mi labio le pronunciase,
Que troqué en fuente de lágrimas
Los dulces ojos de un ángel!
Juan, si el calor de los trópicos
No ha congelado tu sangre,
Escucha el triste poema
Con que á traves de los mares
Te invita á llorar el eco
De tus montañas natales.

II.

La niña y el marinero,
Llenos de gozo inefable,
En el campo de Basurte
Bailaron toda la tarde,
Para distraer bailando
Su soledad y pesares.
Y el marinero á la niña
Le dijo así al separarse:
—Soy un pobre marinero,
Que sólo puede brindarte
Una vida que es juguete
De las olas y del aire.
Si compartir esta vida
Quieres con las tempestades.....
¡Que la Vírgen de Begoña
En ellas me desampare
Si desde ahora no vivo
Para servirte y amarte!—
Y hablando así el marinero
Tornó los ojos amantes
A la basílica santa,
En cuyos altos cristales
Los rayos del sol poniente
Reverberaban brillantes
Allá en el verde collado
Que señoreaba el valle.
La niña bajó los suyos
Ruborizado el semblante;
Su mano buscó otra mano
Que ansiaba esta muda frase,
Y cuando el sol se ocultaba
Tras la cumbre del Sarantes,
Al pie de la caseria
Ladera del Pagazarri,
El último *maitechú* (1)
Aquellas dos manos dábanse.
Cuando el sol del nuevo dia
Asomó por el Bizcárgui,
La hermosa niña, de pechos
En los rústicos balaustres
Del balconcillo, vestido
De madreselva y rosales,
Lloraba, lloraba fijos
Los ojos en una nave
Que volaba, volaba del puerto
Como vuelan del nido las aves.

III.

Con el nombre de sepulcro
Te nombraban nuestros padres,
Oh collado de Luchana,
Y acertaban al nombrarte,
Que tu estructura recuerda
Los sepulcros seculares
Que cercan nuestras antiguas
Iglesias monasteriales.
Si á justificar tu nombre
Tu estructura no bastase,
Justificativos tiene
En los modernos anales,
Porque no en vano el poeta
Llorando con hondos ayes
La noche triste y oscura
Que los inundó de sangre,
A los campos de Luchana
Llamó campos funerales.
Y si tu estructura fúnebre,
Que forma extraño contraste
Con la verdura perpétua
Y con las flores fragantes
Que engalanan y perfuman
Tus laderas y tus valles
Y el horror de aquella noche
Que me duele recordarte,
Porque luchas de Caines
No debe contarlas nadie,
Si tu estructura y aquella
Noche de horror y de sangre,
Y de heroismo y de gloria,
Y de fratricidio infame,
A justificar tu nombre
De sepulcro no bastasen,
Harto ¡ay Dios! le justifican
Las doncellas y las madres
Para quien tus verdes lomas
Fuesen funeral imágen
De un sepulcro de esperanza,
Cuando ocultaron la nave
Que volaba, volaba del puerto
Como vuelan del nido las aves!

IV.

Bajando de la montaña
Al dulce y amado valle,
Donde, elevándose al cielo
En azules espirales,
«Baja, baja, me decia,
El humo de los hogares,
Que la luz del sol se apaga
Y la luz del hogar arde»,
Pasé por la caseria
Oculta en los castañares,
Como la blanca paloma
Que el nido entre ramas hace,
Y al pié de aquel balconcillo,
Cuyos rústicos balaustres
Engalanan y perfuman
Madreselvas y rosales,
Alcé la vista buscando
Quien, lo mismo que otras tardes,
Claveles y pensamientos
Desde el balcon me arrojase,
Porque le enseñara alguno
De aquellos dulces cantares,
Que cantan, ó más bien lloran,
A sus ausentes galanes
Las niñas enamoradas
Desde el Iguer al Sarantes.
En el balcon vi á la niña,
Pero descendí á los valles
Sin que sus ojos hermosos
En mí la niña fijase,
Porque estaban fijos, fijos,
Allá en los azules mares,
Donde la luz melancólica
Del sol, próximo á ocultarse,
Doraba las blancas velas
De la venturosa nave,
Que volaba, volaba hácia el puerto
Como vuelan al nido las aves.

V.

«¡Tierra!» grita el gaviero,
Viendo á lo léjos alzarse
La cima de una montaña
Que, conforme va la nave
Volando, volando hácia ella,
Va agrandándose, agrandándose,
Y todos los marineros
Gritan alegres: «¡Sarantes!»
—Gaviero, exclama uno,
Deja que yo te reemplace,
Que tras de aquel monte hay otro
Y muero por contemplarle.
—¿Tienes en él por ventura
Hermanos, amada, padres?....
—Tengo todo lo que tengo
En la tierra y en los mares.
—Pues trepa, que ya las cumbres
De tierra adentro á luz salen.—
Y el marinero á la gávia
Trepa veloz y anhelante.
La nave vuela, y en tanto
Que vuela, vuela la nave,
No creyendo el marinero
La gávia altura bastante
Para descubrir el nido
Donde sus amores yacen,
Trepa, trepa más arriba,
Y con ánsia inexplicable
Buscan sus ojos la verde
Ladera del Pagazárri.
Un grito de inmenso gozo
Se oye en el alto velámen,
Y apénas se oye aquel grito,
Un hombre al abismo cae!
Los de «¡hombre al agua!» conmueven
Las marinas soledades,
Búscase al náufrago en vano
En el abismo insondable,
Y miéntras con sus bramidos
El viento y el oleaje
Quedan entonando al náufrago
Los cánticos funerales;
La nave, siguiendo el rumbo
Interrumpido un instante,
Va volando, volando hácia el puerto
Como vuelan al nido las aves.

VI.

Unas campanas contristan
Con sus clamores el valle,
Y un féretro engalanado
Con coronas virginales
Hácia el campo de Basurto
Baja de hácia el Pagazárri.
—¿Quién es la muerta? pregunta
Más de una amorosa madre
Cuando en las encrucijadas
Pára el féretro un instante,
Pidiendo á los transeuntes
Arrodillados un *Pater*,
Y una anciana del cortejo
Responde llorando á mares:
—Soledad era su nombre,
Y en verdad no lo era en balde,
Que la vida fué para ella
Soledad de soledades!
Mirando hácia el mar vivia
Desde una apacible tarde
Que bailando en estos campos
Quiso ahuyentar sus pesares;
Mirando hácia el mar vivia
Como si alguno esperase,
Y ayer, cuando se ocultaba
El sol detras del Sarantes,
Voló su alma á los cielos
Porque no llegaba nadie!
Yo la ví, en forma de blanca
Paloma que cruza el aire,
Ir volando, volando hácia el cielo
Como vuelan al nido las aves!

Bilbao.

ANTONIO DE TRUEBA.

(1) *Maitechú* es una dulcísima é intraducible expresion amorosa de la lengua vascongada.

LA NOVELA DE UN JÓVEN RICO.

(CONTINUACION.)

Tres horas estuvieron de sobremesa D. Facundo y Joaquin, y mucho más tiempo habrian estado, si el primero no hubiese puesto término á la conversacion, diciendo al segundo:

—Pero abuso de la amabilidad de V., que me oye con evangélica paciencia.

—En nada mejor podria emplear el tiempo que en oir á persona de tan exquisita amabilidad y notable ilustracion.

—¿V. querrá que demos una vuelta por Madrid?

—Estoy á la disposicion de V., y no le ocultaré la curiosidad que tengo de conocer esta hermosa capital.

—Pues vamos.

Al salir de la casa, pasaba por delante de la misma otro cortejo fúnebre; debia ser el muerto persona de consideracion, porque seguian al féretro cincuenta ó sesenta coches muy elegantes.

—¡Ah! exclamó con marcado disgusto el jóven; es la segunda vez que veo hoy la muerte.

—¡Oh! la muerte se ve á cada paso en las grandes ciudades, observó D. Facundo; no debe extrañar á usted este espectáculo. Aquí estamos muy acostumbrados y nadie repara en eso. La muerte en estos grandes centros de la vida no descansa un momento, y cada dia envia gran número de víctimas al reino de la verdad. Acá llamamos víctimas á los muertos, pero ¿quién sabe?... Yo creo que debemos envidiar á los que mueren... Mas no he de hablar á V. de esto, porque un jóven como V., lleno de vida y ansioso de más vida, no puede pensar como yo. Para V. la vida es la felicidad; todo le sonríe á V., todo le hace amar la vida.

Joaquin iba muy pensativo bajo la desagradable impresion que le produjo su nuevo encuentro con la muerte.

Pero pronto se disipó la nube de tristeza que un momento habia oscurecido el cielo de sus ilusiones.

Por la calle de Alcalá subieron D. Facundo y Joaquin, y éste no pudo ménos de notar que aquél saludaba á muchísimas personas; un general que, vestido de gran uniforme venía dentro de un coche magnífico, le saludó afectuosamente, tambien le saludaron con la mano y con amable sonrisa unas señoras que ocupaban preciosa carretela. *Adios*, le decian muchas personas de todas clases, militares, paisanos, jóvenes y viejos.

—Advierto, dijo el andaluz á D. Facundo, que le conoce á V. mucha gente.

—¡Oh! todo Madrid me conoce á mí, pero no me conoce tan bien como yo conozco á todo Madrid.

Llegaron á la esquina de la calle de Sevilla donde está situado el café Suizo, y allí se vieron rodeados por un grupo de caballeros, en la apariencia á lo ménos, que saludaban familiarmente á D. Facundo, quien repartia entre ellos apretones de manos ó les decia una frase de cordialísima amistad.

—Pues señor, se decia Joaquin, este hombre debe ser un notabilísimo personaje.

En el capítulo siguiente diremos quién era D. Facundo.

IV.

DON FACUNDO.

Todo Madrid le conocia.

No era hombre político, jefe de partido ni agitador constante del público reposo, que esto es lo que son en resumidas cuentas en nuestra España sin ventura los que se llaman hombres políticos; no era general, aunque habia sido militar, pero no pasó de alférez, habiéndose retirado del servicio cuando heredó su primera fortuna; tampoco pertenecia á la grandeza, bien que era de familia distinguida; no era escritor notable ni habia sido nunca banquero ni bolsista. Era D. Facundo, nada más que D. Facundo Vargas, un caballero particular conocido de todo el mundo.

Admitíasele en las casas principales, contábase con él para todas las fiestas, frecuentaba los vestuarios de los teatros, como que conocia á todos los actores y á todas las actrices notables; era el primer amigo que encontraban las cantantes de la Opera que por primera vez venian á someterse al fallo del mal contento público del regio coliseo; veíasele en todos los entierros de personas conocidas; no habia boda en la buena sociedad á que él no asistiera como testigo á lo ménos, no se verificaba sin su presencia inauguracion oficial de obras públicas, ni recepcion académica, ó baile en palacio, ó apertura de Córtes, ó concurso en el Conservatorio, ó profesion de monja ó misa nueva.

Era D. Facundo extremado en la cortesía y no rehusaba invitacion ni convite, y como gran observador de los hombres y de las cosas, holgábase mucho de que se le proporcionáran ocasiones de estudiar á sus contemporáneos.

Don Facundo heredó de sus padres una cuantiosa fortuna, y se dió tan buena maña á gastar el dinero, dándose una vida de príncipe y prodigando los favores á la brillante córte de amigos admiradores de su esplendidez, que seis años despues hallábase sin una peseta, y ya sus amigos comenzaron á murmurar de su extremado despilfarro, y no pocos cortaron con él toda relacion, porque á la verdad, la amistad de un hombre tan desordenado era inconveniente y ocasionada á enojosas eventualidades. Pero no se apuró D. Facundo por la pérdida de su fortuna; ántes bien la celebró como si hubiera sido un fausto suceso. Recurrió á sus amigos, pocos le ayudaron, muchos se excusaron de servirle, siendo éstos aquellos que más habian gozado de su prodigalidad.

Dominando situaciones difíciles, pasando apuros tanto más penosos cuanto ménos acostumbrado estaba á ellos, sosteniendo ingeniosamente una deuda flotante que no sabia cómo pagar, discurriendo golpes *seguros* en el juego, que á veces le salian bien, vivió dos años D. Facundo, utilizando el prestigio, un tanto quebrantado, de su pasada fortuna.

Pensando estaba, exhausto de recursos, al cabo de ese tiempo si sería más acertado buscar en el trabajo los medios de vivir pobremente, ó en la muerte la forzosa liquidacion de todas sus cuentas con el mundo, cuando se le murió un tio que apénas le conocia, de quien resultó heredero único, porque el bueno del viejo no tenía ningun otro pariente ni habiente que pudiera disputar la fortuna que dejaba, reunida en largos años de tormento, porque el hombre era el prototipo de la más torpe avaricia, y no hay tormento que iguale á esta abominable pasion.

Don Facundo recogió su herencia, bendiciendo la avaricia del tio, y volvió á presentarse en la sociedad tan espléndido, tan fastuoso, tan pródigo como ántes, y reuniendo por ende otra vez la dispersa córte de amigos y admiradores, pero de la noche á la mañana desapareció D. Facundo, y no se tuvieron en Madrid noticias de su paradero hasta que vino con licencia un secretario de la legacion en Constantinopla, quien dijo haberle visto en aquella capital, donde vivia como un turco despues de haber recorrido medio mundo como un loco.

BARCELONA.—Portada bizantina de la iglesia de San Miguel.

En todos los países donde estuvo llamó la atencion por su lujo y esplendidez, y fué grandemente agasajado y atendido, que esto es lo que tiene tener dinero, que es la aficion universal y el objeto de todo respeto y admiracion en los países civilizados, sobre todo en los más civilizados.

No reunió en el extranjero D. Facundo tan numerosa córte de amigos como en Madrid, pero verdaderamente no le hizo gran falta, porque le hubiera faltado tiempo que dedicarles, preocupado como le tuvieron siempre las mujeres, en cuyo estudio empleó la mayor parte de los dias de su ausencia de España.

Que fué afortunado con ellas no hay para qué decirlo, y á nadie extrañaria conociéndole, porque D. Facundo era lo que se llama un buen mozo, alto, esbelto, elegante, de facciones casi perfectas, un español, en fin, que podia presentarse en cualquier parte como tipo de gracia, distincion y arrogancia. Con estas cualidades no era cosa particular que las mujeres le pusieran buena cara, mayormente cuando á sus naturales dotes de hombre superior y digno de ser amado, se unia la condicion seductora, y por todos conceptos admirable, de ser hombre de fortuna.

En Francia volviéronse locas por él tres actrices de gran fama, no por su mérito artístico, sino por otros méritos, y durante tres meses estuvieron contando inverosímiles historias del *bello español*, como le llamaban, los periódicos de la *petite presse* parisien, y por último, contaron la gran batalla habida entre dos de las actrices en medio de una escena interesantísima de la *féerie* en que tomaban parte, batalla de que fué causa el español, cuya posesion interesaba igualmente á las tres damas, y ninguna de ellas queria ceder en el absoluto dominio de aquel corazon y... de aquel bolsillo. La tercera no se peleó con las otras, pero quiso matarse á la puerta de la *chambre de garçon* que ocupaba D. Facundo en la calle de Rivoli, mas no lo hizo, porque el galan llegó á tiempo de evitarlo y de dulcificar sus amarguras con una buena cantidad en billetes del Banco, que ella tomó afligidísima por saber que su español le habia sido infiel, y no era esto lo que más pesar le daba, porque esto se lo hubiera ella perdonado, que siempre fué generoso el amor verdadero; lo que la apenaba era que el español *Faquiundó*, como ella le llamaba, disponia su viaje á Inglaterra y no estaba dispuesto á llevarla consigo.

En Lóndres proponíase D. Facundo vivir con más órden y no dedicar tanto tiempo al estudio del bello sexo, pero el hombre propone y la mujer dispone. Cayó D. Facundo otra vez en poder de ellas, y allí se vió en más graves compromisos que en Francia. Tuvo que reñir con un baron furioso porque el español le habia quitado la dama, que lo era de cuenta; se vió perseguido por un hermano implacable que le queria casar por fuerza con una hermana no tan implacable, y sostuvo un pleito que le hizo dejar en poder de la hermana y el hermano una gran cantidad de libras esterlinas; pero su más tremenda aventura fué la de sus amores con una viuda rubia, lánguida, lacia, una especie de Ofelia averiada, que se enamoró locamente del español, y le siguió como la sombra al cuerpo, sin darle un punto de reposo y abrumándole con un amor verdaderamente africano. Don Facundo apeló á la fuga, tomó el ferro-carril, y en la primera estacion en que se detuvo el tren vió entrar en su coche á un mocito de buen aire, que se parecia grandemente á su amada Arabela, como que era ella misma.

En Austria, en Alemania, en Suiza, en todas partes encontró á la impertérrita rubia, y en vano quiso librarse de tan tenaz persecucion con amenazas ó con halagos. Don Facundo la ofrecia grandes cantidades, y ella las tomaba y desaparecia por unos dias, pero á lo mejor volvia á encontrarla más enamorada que nunca.

CÁRLOS FRONTAURA.

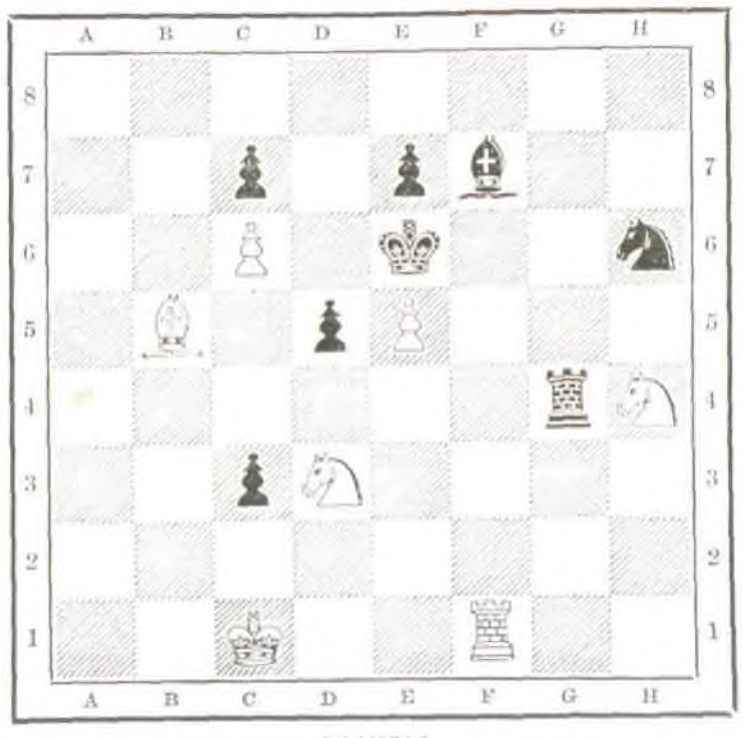
(*Se continuará.*)

AJEDREZ.

PROBLEMA NÚM 1.

Compuesto por M. R. B.

NEGRAS.



BLANCAS.

Juegan éstas, y dan mate en cinco jugadas.

La Sociedad musical que dirige el Sr. Monasterio, ha anunciado el abono á los conciertos que se propone ofrecer al público madrileño en los meses de Marzo y Abril.

Contando esta Sociedad siete años de no interrumpida existencia, durante los cuales ha tenido la fortuna de ver coronados sus artísticos trabajos con el éxito más lisonjero, no parece inútil asegurar que procurará continuar haciéndose digna de la simpatía y proteccion que el entusiasta é inteligente público de esta capital no ha cesado de dispensarla.

ADVERTENCIA.

A pesar de la advertencia que hemos publicado en números anteriores, son muchas las personas que continuan remitiéndonos artículos y poesías para LA ILUSTRACION, aunque, como entonces dijimos, tenemos en nuestro poder tal abundancia de originales, que no podríamos publicarlos todos, aun cuando nuestro periódico fuese diario, en el espacio de un año.

Rogamos á las personas aludidas que no se molesten en remitir escritos á esta direccion, porque nos hallamos en el caso de no poder aceptarlos.

Ademas, no respondemos de los originales que nos envien, porque las atenciones de la Direccion son muchas y no le es posible obrar de otra manera.

MADRID, 1873.—Imprenta de M. RIVADENEYRA.